La

Piel de León

-ISTORIA

;A Y DIPLOMATICA

;de la independencia
los Unidos hasta nuestros dias

(1776-1895)

POR

JERÓNIMO BECKER

que acaba de ponerse á la venta,
aplio y fiel extracto los principales
ina con imparcialidad la historia
a sus defectos y expone con minu-
lo referente á las relaciones exte-
ña, siendo, por tanto, de gran inte-
er de un modo exacto el aspecto
, la cuestión cubana.
4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

ECOPILACIÓN

DE LAS

.OS REINOS DE LAS INDIAS

dadas imprimir y publicar

POR

\DI CATOLICA DEL REY CARLOS II

ón, corregida y aprobada por la
del Tribunal Supremo de Justicia,
ón de la Regencia provisional del

s en folio, 50 pesetas.

-ILOS ESPAÑOLES

mpleta de todos los tomos publi-
sociedad, de que se hallan la ma-
idos.
los 38 tomos en 4.º—Precio, 900

; tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.º en cartoné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

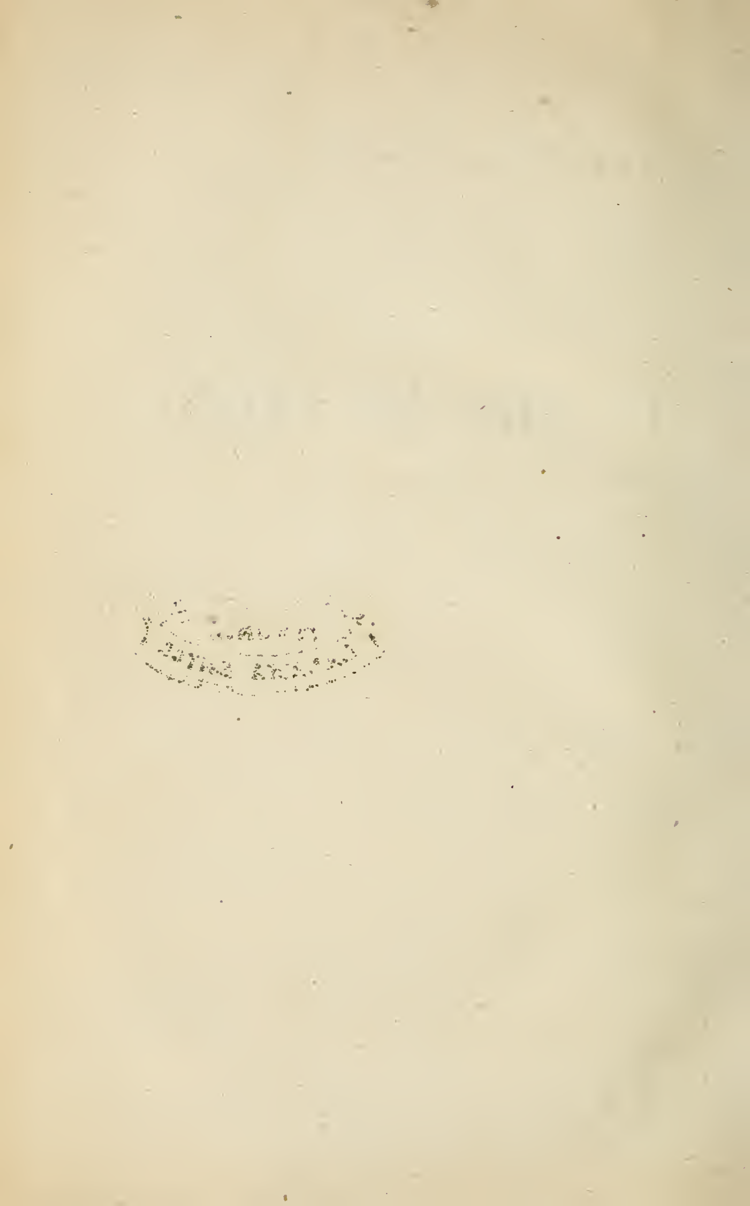
APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.
Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.

LA PIEL DE LEON.



LA PIEL DE LEON,

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON RAMON DE NAVARRETE.

Estrenada en el teatro del Príncipe la noche del 11 de Noviembre de 1859.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

AL EXCMO. SEÑOR DON JOSÉ MAC-CROHON,
TENIENTE GENERAL DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES, SENADOR DEL REINO, MINISTRO DE MARINA, ETC., ETC.

En muestra de sincero cariño y profunda gratitud

Ramon de Navarrete.

PERSONAJES.	ACTORES.
EL GENERAL BRAVO (36 años)...	D. Manuel Catalina.
LA DUQUESA DE ARCO-REAL (44 años)........................	D.ª Josefa Palma.
RAIMUNDO ALVARADO (30 años).	D. Juan Catalina.
ROSA, su hermana (20 años)......	D.ª Adela Guijarro.
LUISA, hija de la Duquesa (22 años).	D.ª Josefa Hijosa.
D. JUAN GARCIA, banquero (60 años).	D. Mariano Fernandez.
D. EDUARDO, director de un periódico (30 años)...................	D. Gerónimo Sunyé.
RICARDO, hijo de D. Juan (25 años).	D. Eduardo Iroba.
LA MARQUESA..................	D.ª Adelaida Zapatero.
LA BARONESA..................	D.ª Juana Martin.

La escena es en Madrid y en nuestra época.

ACTO PRIMERO.

Un salon lujoso en casa de la Duquesa, preparado é iluminado para una gran fiesta.

ESCENA PRIMERA.

La DUQUESA, LUISA, recibiendo á los convidados, que llegan sucesivamente: un CRIADO, vestido de negro, con corbata blanca, los anuncia desde la puerta.

CRIADO. El señor General Bravo.
DUQ. (Dándole la mano.) ¡Amigo mio!
GEN. Buenas noches, Duquesa.
CRIADO. El señor de Alvarado y su hermana.
GEN. (Mientras Raimundo saluda á la Duquesa, como queriendo recordar.) ¡Alvarado! ¡Él debe ser! (Le observa con interés.)
DUQ. (Besando en la frente á Rosa.) ¡Vienes hecha una verdadera rosa!
ROSA. Gracias, Duquesa.
RAIM. (Bajo á Luisa.) ¿Bailaremos los primeros lanceros?
LUISA. Si... (Bajo.) aunque se enfade mamá.
DUQ. (Á Raimundo.) ¿Qué le parece á usted mi traje?
RAIM. Magnífico.
DUQ. ¿Y este aderezo?
RAIM. Soberbio.
DUQ. Ambas cosas me las han enviado de París para esta noche.

CRIADO. (Anunciando siempre.) El señor don Juan Garcia y su hijo.
ROSA. (Al ver á Ricardo, dando un ligero grito.) ¡Ah!
RIC. (Acercándose con efusion á saludarla.) ¡Rosa! (Se dan la mano: D. Juan vuelve la cabeza y dirige una mirada severa á su hijo, que baja los ojos.)
JUAN. ¿Eh?...
CRIADO. El señor don Eduardo Lopez.

ESCENA II.

La DUQUESA, LUISA, ROSA, el GENERAL, RAIMUNDO, D. JUAN, EDUARDO y RICARDO.

DUQ. (Saliendo al encuentro de D. Eduardo.) Amigo, usted, como siempre, el último.
EDUAR. Perdone usted, Duquesa; mis infinitas ocupaciones...
RIC. (Bajo á Rosa.) ¡Y se quedaba jugando al golfo en el Casino!
DUQ. Bien sabemos que el director de un periódico no tiene un minuto suyo; pero ya no se cabe en los salones. Hay un gentio inmenso.
GEN. El baile será precioso.
RAIM. Como todos los de la Duquesa.
JUAN. Usted es la reina de la buena sociedad.
RIC. La diosa del gran mundo.
DUQ. Gracias. Pero pasen ustedes allá.
GEN. Yo estoy aqui bien.
JUAN. Desde este sitio se disfruta del golpe de vista de la fiesta.
ROSA. (Á Luisa.) ¿Se ha empezado á bailar ya?
LUISA. Un rigodon.
ROSA. Que has bailado por supuesto tú.
LUISA. No; estaba acompañando á mamá...
RIC. (Á Rosa.) ¿Tiene usted comprometida la primera polka?
ROSA. No.
RIC. ¿La bailaremos?
ROSA. Con mucho gusto. (D. Juan vuelve á mirar á Ricardo.)
EDUAR. (Á Luisa.) Si usted no la ha ofrecido...
LUISA. No.
EDUAR. En ese caso... (Luisa acepta con un movimiento de cabeza.)
DUQ. Yo no quiero separarme de la puerta por si aun viene alguno.

EDUAR. ¡Oh! Ya es tarde. (Suena un reloj.)

DUQ. ¡Las doce! En ese caso bien puedo irme adentro.

JUAN. (A Raimundo.) Amigo, tiene usted tela cortada para escribir una bonita revista.

RAIM. Seguramente.

DUQ. ¡Alvarado es tan amable! Á propósito, la Marquesa de Pulgar está muy quejosa de usted, porque no la citó en su último artículo.

RAIM. Fué un olvido involuntario.

DUQ. Pues que no se repita al escribir el del baile de hoy.

RAIM. No, no por cierto. (Saca su cartera y hace una ligera apuntacion.)

DUQ. Polka, polka. (Se oye tocar en los salones de adentro.)

EDUAR. ¿Vamos, Luisita? (Dándola el brazo.)

RIC. Cuando usted guste, Rosa. (Idem.)

(Todos se dirigen hácia la derecha: Raimundo vá el último, y cuando llega á la puerta le dice el General, tocándole en el hombro:)

GEN. ¿Quiere usted oir una palabra?

RAIM. No tengo dificultad. (Los dos vuelven al proscenio.)

ESCENA III.

El GENERAL, RAIMUNDO.

GEN. Usted me dispensará... pero me parece que antes le anunciaron á usted como don Raimundo Alvarado.

RAIM. Ese es mi nombre.

GEN. ¿Será indiscrecion preguntarle á usted si estuvo en su niñez en el colegio de los Esculapios?

RAIM. En efecto, allí me eduqué.

GEN. ¿Y no se acuerda usted de un grandullon, muy amigote suyo, que se llamaba Valentin Bravo?

RAIM. Que era mi protector y mi ángel bueno...

GEN. Pues yo soy aquel. ¡Dáme un abrazo, Raimundo mio! (Se abrazan con ternura.)

RAIM. ¡Nunca le hubiera conocido á usted!

GEN. ¡Vaya! ¿No me tuteas? ¡Pues no faltaba otra cosa!

RAIM. ¡Como no nos hemos visto hace tanto tiempo!

GEN. ¿Y qué importa? ¿No nos queriamos cual dos hermanos? ¿No hemos dormido tres años en la misma sala, y el uno al lado del otro? ¡El pobre Raimundo! ¡Tan ama-

ble, tan dócil, tan tímido! Á no ser por mí, ¡cómo te hubieran baqueteado los otros muchachos! Yo me hice tu campeon, y asi mi cariño tenia algo de paternal. Luego, siendo yo mayor que tú, adquirí sobre tí cierta autoridad...

RAIM. ¡Que me era muy grata!

GEN. Y de la que yo no abusaba. Despues, en mil ochocientos treinta y siete, me colgaron una charretera del hombro izquierdo, vinieron á sacarme de la Escuela pia, y no nos hemos vuelto á ver hasta hoy. ¡Pero aun me acuerdo cuántas lágrimas nos costó nuestra separacion!

RAIM. ¡Á mí no podian arrancarme de tus brazos!

GEN. Y yo, á pesar de mis tres lustros, de mi uniforme y de mi carácter poco tierno, lloraba como una Magdalena! ¡Qué diantre! ¡Si me parece que ahora se me humedecen los ojos!

RAIM. (Muy conmovido.) ¡Valentin!

GEN. ¡Raimundo! (Vuelven á abrazarse.) Pues mira, este llanto es el primero que vierto desde aquella época. (Se enjuga los ojos.) Si entrase alguien, bien se reiria de nosotros... de mí especialmente! ¡Un general que ha hecho la guerra del Norte y la de Cataluña, lloriqueando como un marica! Pero ven acá; siéntate á mi lado, y contémonos nuestras respectivas historias desde el diez y seis de marzo de mil ochocientos treinta y siete, fecha del dia en que nos separamos.

RAIM. Empieza tú.

GEN. Allá voy.—Desde Madrid me mandaron derechito á las Provincias Vascongadas, donde ardia á la sazon la guerra civil; y al cabo de muchos mandobles y de bástantes balazos, cuando aquella concluyó en mil ochocientos cuarenta me encontré de capitan: poco despues se me antojó irme á América con un grado mas; allí estuve hasta mil ochocientos cuarenta y siete, y volví á España de coronel, justamente para tomar parte en la campaña de Cataluña, durante la cual ascendí á brigadier. En fin, en mil ochocientos cincuenta y cuatro pesqué la faja, y aqui me tienes ahora esperando el segundo entorchado.

RAIM. ¿Quién habia de decirme que el General Bravo, cuyos hechos heróicos leia y admiraba en los periódicos, era mi antiguo compañero de colegio?

GEN. Dime... ¿Serás tú por ventura el famoso poeta Alvarado?

RAIM. ¡El mismo!

GEN. No creas que he leido ni siquiera una de tus sentimentales composiciones; pero las mujeres las ponen en las nubes. ¿Con que poeta?—Mal oficio, chico; déjalo, y ponte aunque sea á peon de albañil.

RAIM. (Suspirando.) ¡Ya es tarde!

GEN. Con efecto, tu bonita figura, tu genio melancólico y dulce, tus ojos expresivos... pero repito que lo siento. Con que empieza.

RAIM. Murió mi padre, antiguo consejero, cuando yo estaba aun en la Escuela Pia, y mi pobre madre, que no contaba con mas recursos que su viudedad, se vió obligada á llevarme á su lado siendo mi educacion todavia muy imperfecta. Poco despues un amigo suyo me colocó en una oficina de meritorio sin sueldo; y allí el fastidio y la ociosidad me hicieron contraer la costumbre de escribir versos. Los primeros eran fatales; despues los hice mejores, y al fin una mañana me sorprendí al leer en un periódico grandes elogios de mi talento.

GEN. ¡Pobre Raimundo!

RAIM. No sé si aquellas alabanzas llamaron la atencion de mi jefe, porque al otro dia me anunció que en lo sucesivo disfrutaria la alta asignacion de dos mil reales...

GEN. ¡Hártate, comilon, con pasa y media!

RAIM. Que nos vinieron muy bien con todo, porque mamá habia enfermado, y mi hermanita Rosa era una niña que solo ocasionaba gastos. Si yo hubiese tenido otro carácter, si hubiera sido atrevido, temerario, pedante, lo conozco, habria hecho carrera; pero conservo la misma índole apocada que me conociste en el colegio, y asi...

GEN. ¿Sigues con tus dos mil reales?

RAIM. No: tengo doce mil, como auxiliar del ministerio de Fomento. Ademas, doy de cuando en cuando dramas y comedias á los teatros; escribo en el periódico *El Estandarte*, y de este modo mantengo á mi familia si no con lujo, con decencia.

GEN. Supongo sin embargo que tu ambicion sino estará colmada.

RAIM. No tengo ambicion sino de felicidad.

GEN. ¡Ah! ¿No eres feliz?

RAIM. ¡No!
GEN. ¿Por qué? (Pausa.) Vamos, sé franco conmigo, que me intereso por tí de veras.
RAIM. Amo á una mujer, Valentin.
GEN. ¿Y no te corresponde?...
RAIM. Si, pero su madre...
GEN. Comprendo: habrás tenido la desgracia de dar con una señora orgullosa.
RAIM. ¡Si!
GEN. ¿Por ventura con la Duquesa?
RAIN. ¡Si! (Tristemente.)
GEN. No te apures. ¿Tienes confianza en mí?
RAIM. ¡Confianza ciega!
GEN. Pues entonces, ponte en mis manos, y tú verás como...
RAIM. Explícate.
GEN. Silencio: alguien se acerca.

ESCENA IV.

DICHOS, LUISA.

RAIM. ¡Luisa!
GEN. Te viene buscando. (A Raimundo.)
LUISA. ¿Qué hacen ustedes aqui?
GEN. Charlabamos.—¿No sabe usted, Luisita? Raimundo y yo somos amigos antiguos; hacia tiempo que no nos veiamos, y esta noche nos hemos reconocido.
LUISA. ¿Es usted amigo suyo, General? ¡Cuánto me alegro! Asi le reñirá usted para que varie su genio singular!—Un hombre de treinta años que es mas tímido, mas miedoso que una niña.
RAIM. ¡Luisa!
LUISA. ¿Vé usted, General? Hasta le parece malo que hable con esta franqueza delante de usted.
GEN. Cuando estoy al corriente de todo...
LUISA. (Sonriéndose.) ¿De todo? Mejor, asi tendremos un auxiliar en usted. General, yo soy el reverso de la medalla de Raimundo: mi carácter es decidido, intrépido, varonil; en una palabra, yo debia ser el hombre y él la mujer. (A Raimundo.) No se canse usted en hacerme señas, porque no pienso callar: semejante á esos caballos fogosos é indómitos, á quienes nada detiene cuando to-

man carrera, yo tambien voy hasta el fin cuando me lanzo.

GEN. ¡Bravísimo! ¡Y yo que no sospechaba su resolucion de usted!

LUISA. Ya, porque me miraba usted como una chiquilla insípida y tontuela; porque, entregado á sus elevados y trascendentales pensamientos, no se dignaba usted fijar los ojos en mí. Pues no señor, no soy lo que usted creia, y ya lo verá en lo sucesivo.

GEN. Me alegro.

LUISA. ¿Es decir que cuento con su espada de usted, mi General? (Cuadrándose con gracia.)

GEN. Con mi espada, con mi brazo, con mi lengua si es menester.

LUISA. Entonces nuestra será la victoria.

GEN. Sin duda, y haremos feliz á este pobre chico, aunque sea á pesar suyo.

RAIM. ¿Pero de qué me acusa usted, Luisa?

LUISA. De no haber sabido conquistar el puesto que le corresponde en el mundo; de ser dominado en vez de dominar; de no ocultar siquiera que es manso cordero bajo la piel imponente del leon.

GEN. (A Raimundo.) ¿Sabes que esta mujer es un grande hombre?

RAIM. (A Luisa.) Usted exagera...

LUISA. No señor, no señor. Y si no, sea usted juez, General. Raimundo tiene mucho talento, y sin embargo no lo aplica á cosas grandes y formales: asi en pleno siglo décimonono compone versos y escribe artículos de modas. Raimundo tiene tambien mucho corazon, pero lo lleva en la mano y todos ven lo que encierra: mucha bondad, mucha bondad, y ni una sola gota de hiel. Raimundo, en fin, se asusta de cualquier cosa ante una generacion que no se asusta de nada. De ahí el que no le consideren ni le respeten; de ahí el que no le teman... ¡y pobre del que no se hace temer en la sociedad en que vivimos!

GEN. ¡Es verdad!

LUISA. No hay quien no haga justicia á sus virtudes y buenas cualidades; no hay quien no le admire como excelente hijo, como modelo de hermanos, como dechado de amigos; no hay quien no entone ó no repita estas ó pareci-

das alabanzas. Bien recibido en todas partes, mimado, obsequiado por las mujeres, á las cuales elogia en sus revistas, tributándolas abundante incienso, los hombres le miran como un jóven frívolo, sin aspiraciones y sin importancia.

GEN. ¡Luisa, estoy asombrado de escucharla á usted!

LUISA. ¿Le sorprende á usted mi experiencia á los veintidos años? ¿Y no adivina por qué he penetrado misterios que otra quizás no hubiera descubierto? La explicacion es muy sencilla, General; ¡es porque le amo! (Bajando los ojos.)

GEN. (Con entusiasmo.) ¡No se ruborice usted! Ese amor es el mas bello elogio de los dos: de él, porque ha logrado merecerlo; de usted, porque ha sabido sentirlo.

LUISA. ¡Pero si viese usted cuántas penas, cuántos disgustos, cuántas contrariedades han amargado los cuatro años de estas relaciones! Obligados á ocultarlas á los ojos del mundo para que no lleguen á noticia de mi madre, que acaso ya las sospecha, podemos entregarnos muy raras veces á nuestro cariño! Vigilados, espiados por los curiosos y los indiferentes, tenemos que reconcentrarlo dentro de nosotros mismos. Y luego la lucha incesante que sostengo con los pretendientes á mi mano...

GEN. Que no serán pocos: jóven, linda, rica, con una grandeza de España en perspectiva, única heredera de la Duquesa de Arco Real...

LUISA. ¡Asi es una verdadera persecucion! Mi madre se admira tambien de verme rehusar los partidos mas ventajosos de España, y con frecuencia se irrita y me riñe... No importa: le he jurado á Raimundo, y vuelvo á jurárselo delante de usted, que no seré de nadie sino suya; que si él no quiere elevarse hasta mí, yo descenderé hasta él; y en fin, que si mi madre no otorga su consentimiento, la desobedeceré por primera vez en mi vida.

GEN. Majadero, si una mujer me dijese lo que acabas de oir ahora, seria capaz de todo... de conquistar la China ó el Japon.

RAIM. ¿Pero qué quieren ustedes que haga?

GEN. ¡Y tú lo preguntas!... ¡Estoy por abandonarte á tu triste suerte!

RAIM. ¡No, no!

LUISA. ¡No le abandone usted por Dios! ¡Porque me inspira

confianza, he sido tan explícita con usted!

GEN. ¿Me prometes hacer todo cuanto yo te diga?

RAIM. Te lo prometo.

GEN. ¿Me das carta blanca para cuanto yo ejecute?

RAIM. Te la doy.

GEN. ¿Me juras no contrariarme en lo mas mínimo?

RAIM. (Vacilando.) ¡Te lo juro!

GEN. Sea usted testigo de su juramento y de sus promesas, Luisa, por si me obliga á recordárselos.

LUISA. Lo seré.

GEN. Y ahora, hijos mios, á bailar, mientras yo me ocupo en vuestros intereses...

ESCENA IV.

DICHOS, D. JUAN.

LUISA. Precisamente tocan los lanceros.

JUAN. Que mi hijo queria bailar con usted, señorita.

LUISA. Pues será otra vez, porque estoy comprometida. (Tomando el brazo de Raimundo, y dirigiéndose á los otros salones.)

RAIM. ¡Luisa, que feliz soy!

LUISA. Y yo ¡qué feliz seré! (Vánse.)

ESCENA VI.

El GENERAL, D. JUAN.

JUAN. ¡General, tan solito aqui!

GEN. Estaba descansando.

JUAN. Y yo vengo á descansar. ¡Hace un calor allá dentro! ¡Hay un gentio, unas apreturas, una confusion! ¡Pero dicen que el baile está brillante!

GEN. ¿Ha visto usted á los ministros?

JUAN. No ha venido ninguno; como aseguran que hay crisis...

GEN. Eso se asegura todos los dias.

JUAN. Pero ahora vá de veras; y á la noticia de que baja el ministerio, han subido los fondos.

GEN. Es natural.

JUAN. Sentémonos si usted quiere, y echemos un párrafo de política.

GEN. Nada mas natural entre dos padres de la patria.

JUAN. (Despues de una pausa.) Esto está malo, General.

GEN. Malísimo, amigo mio.

JUAN. Y yo no le veo remedio si no se forma pronto, muy pronto, un gabinete compuesto de hombres eminentes...

GEN. Como usted. (Con ligera ironia.)

JUAN. Ó como usted. Y ¿por qué no habiamos de entendernos los dos para constituirlo? Ambos representamos los elementos mas indispensables á todo gobierno: usted la fuerza, yo el crédito. Usted es un general ilustre; yo soy un fuerte capitalista... Unidos ambos, podriamos formar un ministerio digno, vigoroso y duradero; un poder respetado y respetable en España y fuera de ella.

GEN. Es verdad.

JUAN. Uno y otro disponemos de recursos; uno y otro contamos con probabilidades de triunfo. Usted es jefe de una fraccion numerosa en el Congreso; yo tengo allí tambien consideracion é influencia. Asi, ¿por qué no hemos de trabajar juntos, de reunir nuestros esfuerzos para el objeto comun?

GEN. Seguramente.

JUAN. Ademas, tendremos una ventaja; la de que entramos á reemplazar á hombres que se hunden bajo el peso de su propio descrédito; á hombres que han tenido la fatalidad de poner contra sí á todas las clases de la sociedad; que son odiosos al pueblo, antipáticos á la clase media, y despreciables á los ojos de la aristocracia, cuya consideracion no han sabido obtener.

GEN. ¡Cáspita! ¡Qué sensacion habria producido ese discurso en la Cámara!

JUAN. Y es cosa extraña, General; yo que me expreso con tanta facilidad y elocuencia en una conversacion privada, no acierto á abrir la boca en el Congreso. Dos ó tres veces he pedido la palabra, y no he logrado pasar del «Señores» de ordenanza.

GEN. Usted se formará cuando sea ministro, y será un orador... de punta.

JUAN. Volviendo al asunto de que tratabamos, no es posible que esa gente se sostenga muchos dias en el mando. Si, cual he dicho antes, tienen enfrente las masas, tambien se han enagenado el apoyo de todos los personajes nota-

bles del pais, negándoles hasta la gracia mas pequeña.

GEN. Cierto; ¿no clama al cielo que le hayan rehusado á usted el título y la grandeza que solicitaba?

JUAN. ¡Ah! ¿sabia usted?... Pues bien, si señor; aunque sea en mí falta de modestia, debo decirlo. ¿Quién ganaba mas? Yo elevándome á la aristocracia, ó esta clase contando en su seno un individuo de tanta importancia? Pero le aseguro á usted, General, que yo no lo hacia por mí, sino por mi hijo, á quien no le gusta llamarse Garcia á secas... Es verdad que él ha añadido en sus tarjetas un «del Olmo» que le viene de su madre, y que hace bonito efecto. En cuanto á mí, mi gloria, mi orgullo, mi satisfaccion consisten en llamarme Juan Garcia, en recordar que he sido vendedor ambulante de lienzos, y que todo cuanto soy lo debo solamente á mi trabajo... y ¿por qué no he de decirlo? á mi talento.

GEN. ¡No puede tener un orígen mas noble ni mas digno la fortuna!

JUAN. De modo que será preciso para complacer al chico, para llenar sus aspiraciones, negociarle un matrimonio brillante, con una jóven que lleve pergaminos y títulos, á trueque de los millones que él poseerá á mi muerte, como hijo mio y mi único heredero.

GEN. ¿Ha puesto usted ya los ojos en alguna?

JUAN. Si, señor; y una vez que somos aliados y amigos, ¿por qué no se lo he de confiar á usted?... ¡He pensado en Luisita, que es ya vizcondesa de Castro, y que será un dia duquesa de Arco-Real.

GEN. Y ¿estan muy adelantadas las negociaciones? ¿Se hallan de acuerdo los jóvenes?

JUAN. La mamá ha acogido bien, como no podia menos, las hábiles indicaciones que la he hecho; en cuanto á los muchachos, sin duda acabarán por entenderse.

GEN. Pero ¿es cierto que Luisa gusta mucho del poeta Alvarado?

JUAN. ¿Tambien ha llegado hasta sus oidos de usted semejante chisme? ¡Bah! ¡No puede ser! ¿Cómo habia de enamorarse ella de un pobreton, de un miserable, de un mandria, que no sirve sino para hacer versos? ¿Cómo habia de preferirle á mi hijo, que es todo un buen mozo, y que tendrá sesenta mil duros de renta?

GEN. Es claro; pero cuidadito, cuidadito: Alvarado no es lo

que parece. Yo le conozco mucho, porque hemos estado juntos en el colegio, y le aseguro á usted que es contrario temible!

JUAN. ¡Él! ¡Un simple, que no habla sino de flores y de aromas! ¡Él, un majadero sin energia y sin carácter!

GEN. Veo que participa usted del error general, y que le juzga como los que solo le tratan superficialmente. ¡Él un hombre sin energia y sin carácter! ¡Él que tiene una fuerza de voluntad incansable é irrisistible; él que tiene un carácter de hierro!

JUAN. General, usted se chancea. ¡Si es un mansísimo cordero, de quien todo el mundo hace lo que se le antoja!

GEN. Repito que está usted equivocado. Raimundo por el contrario, gracias á su talento y á sus cualidades, tiene un porvenir inmenso. Lo que á usted y á todos les parece debilidad, no es sino cálculo; lo que califican en él de timidez, es disimulo; lo que llaman ustedes nulidad, es estrategia.

JUAN. ¡Bah! ¡Bah!

GEN. ¿Ignora usted lo que esta noche misma ha ejecutado ese animoso jóven con una decision, con una dignidad, que harian bien en imitar hombres de otras circunstancias?

JUAN. ¿Qué ha hecho? Sepamos.

GEN. No queriendo servir á las órdenes de los ministros actuales, que han conculcado todos los principios, que han faltado á todas las prescripciones mas sagradas, les ha lanzado al rostro el humilde destino que desempeñaba.

JUAN. ¿De veras?

GEN. Su accion es doblemente meritoria, por lo mismo que Alvarado es pobre, y que necesitaba su sueldo para mantener á su madre enferma y á su hermana desvalida!

JUAN. ¡Su hermana! ¡Su hermana! ¿Querrá usted creer que el bobalicon de mi hijo ha hecho la tonteria de enamorarse de ella? Por supuesto que yo le desimpresionaré con unos cuantos meses de viaje... Con que ya vé usted si tengo motivos para que no sea el poeta santo de mi devocion, y para que me parezca increible una conducta tan... ¿Está usted seguro de su dimision?

GEN. Segurísimo; como que antes de venir aqui la ha formulado por escrito y dirigido al ministerio.

JUAN. ¡Diablo! ¡Qué resolucion!

GEN. Ese paso servirá poderosamente á nuestros planes. La renuncia de un hombre como Raimundo, ajeno de todo punto á la política hasta ahora, hará efecto, y será explotada por la prensa de la oposicion, la cual dará el golpe de gracia al ministerio.

JUAN. ¿Asi lo cree usted?

GEN. ¿Quién lo duda?

JUAN. Pero si el poetilla es un hombre insignificante.

GEN. ¡Los periódicos le harán crecer mañana diez palmos!

JUAN. Un ente sin prestigio...

GEN. ¡Mañana lo tendrá colosal!

ESCENA VII.

DICHOS, la DUQUESA.

DUQ. (Desde la puerta.) ¿Qué hacen ustedes aqui, señores?

GEN. Duquesa, estabamos hablando...

DUQ. Vengan ustedes á tomar algo; acaba de abrirse el *buffet*...

JUAN. Gracias; yo nunca tomo nada de noche.

GEN. Para mí es temprano.

DUQ. Como ustedes quieran. ¡Ay, General! ¡Qué cosa tan pesada es un baile para una pobre ama de casa, que tiene que ocuparse de todos y de todo! ¡Estoy rendida! (Dejándose caer en una butaca.)

GEN. Pues descanse usted un rato. Ya se vé, usted es una persona tan amable, tan servicial, que se desvive por obsequiar á sus amigos, y asi se mata.

DUQ. Luisa no piensa sino en bailar.

GEN. Es natural.

JUAN. ¿Sabe usted si ha bailado con mi hijo?

DUQ. Lo ignoro.

JUAN. El chico tenia un empeño... Pero parece que llegó tarde, que se le adelantó el poeta Alvarado.

DUQ. En efecto, la he visto bailar con él unos lanceros.

GEN. ¿Y qué dice la gente de Raimundo?

DUQ. ¿Qué ha de decir de un hombre tan fino, tan atento, tan galante? Siempre elogios y alabanzas.

GEN. No hablo de eso, sino de la renuncia de su destino...

DUQ. ¿Ha renunciado su destino? ¡Pobre muchacho! ¿Y por qué?

GEN. Porque no queria servir á las órdenes de los ministros actuales. ¡Es un rasgo de independencia que le honra altamente!

DUQ. Sin duda alguna. Pero y en adelante ¿de qué vivirá?

GEN. Del producto de su talento y de su trabajo. Parece que piensa abandonar la literatura por la política...

DUQ. Lo siento en el alma. ¿Quién nos escribirá ahora los artículos tan lindos que él escribia de modas y de bailes?

ESCENA VIII.

DICHOS, D. EDUARDO.

EDUAR. ¡Uf! ¡Al menos se respira en esta sala! (Abanicándose con el sombrero.)

DUQ. ¡Hola! ¿Viene usted tambien en busca de fresco, Eduardo?

EDUAR. Si, Duquesa. Adentro se ahoga uno, pero está magnífico el baile! ¡Es la fiesta mejor entre tantas como usted ha dado! ¡Es la primera de las que se han visto en Madrid! ¡Qué multitud de mujeres hermosas! ¡Qué inmensidad de brillantes! ¡Qué orquesta tan soberbia! ¡Y qué *buffet* tan exquisito! Yo he cenado perfectamente.

GEN. (A D. Juan.) ¿Qué extraño que le parezca todo bien?

JUAN. (Al General.) ¡Es claro! ¡Estómago agradecido!

DUQ. ¿Y qué dice usted de la noticia que estos señores acaban de darme?

EDUAR. ¿Cuál?

DUQ. ¿Con que su colaborador de usted Alvarado?... (Baja la voz y continúan hablando bajo.)

GEN. Créame usted, señor don Juan; váyase usted á los salones é infórmese del efecto que ha producido la dimision de Alvarado.

JUAN. Me es un poco duro trabajar en favor de una persona que no me gusta; elogiar y oir elogiar á un hombre que quizás perjudica mis intereses...

GEN. Al revés; que los sirve admirablemente. Verá usted cómo ese suceso, pequeño en la apariencia, vá á tener resultados fecundísimos para nuestra elevacion al poder.

JUAN. ¿Será posible?

GEN. Mientras tanto yo hablaré á la Duquesa, pintándola las ventajas que deben resultarle de una alianza entre su familia con la de usted, y venceré cualquier escrúpulo

nobiliario que pueda tener...

JUAN. ¡Es usted mi ángel bueno, General! Voy, pues, á los salones á averiguar...

GEN. Corra usted, corra usted, y trate de utilizar el asunto consabido.

JUAN. Pondré en las nubes á Raimundo, y á los ministros á los pies de los caballos. (Vâse rápidamente.)

GEN. (Ap.) ¡No me ha costado poco lanzarle!

ESCENA IX.

La DUQUESA, el GENERAL, D. EDUARDO.

EDUAR. (A quien la Duquesa ha acabado de hablar.) ¡No sabia una palabra! ¡Y es una accion insigne, sublime, heróica! ¡Un muchacho como él, que tiene apenas lo preciso para vivir con decencia!

GEN. (Ap.) ¡Bravísimo!

EDUAR. ¡Duquesa, eso hace saltar las lágrimas! ¡Es hasta una gloria para mí que un redactor de mi periódico haya dado ese ejemplo inaudito de patriotismo y moralidad!

GEN. Es evidente.

EDUFR. Desde mañana quiero que escriba artículos de fondo en lugar de folletines...

GEN. Esa es tambien su intencion; y ya le han hablado de otros dos ó tres diarios...

EDUAR. Pero supongo que dará la preferencia al mio. Yo le doblo el sueldo que antes tenia; aventajo cualesquiera proposiciones que se le hagan. ¡No faltaba mas sino que me dejase! ¡Raimundo será el escritor político á la moda, y todo el mundo vá á arrancarse de las manos el periódico donde él escriba! Pero es menester consagrarle un suelto en el número próximo. Voy á buscar á Raimundo para que me dé copia de su renuncia, y al pié añadiré yo unas cuantas líneas significativas... (Dirigiéndose á los salones.)

GEN. (Corriendo á detenerle.) ¿Adónde vá usted? (Bajando la voz.) ¿Á turbarle en sus coloquios amorosos con la hija de la Duquesa?

EDUAR. ¡Es verdad! ¡Ah bribon! ¡Bien sabe él lo que se hace!

GEN. Pero yo he guardado aqui el borrador de ese documento, y si usted quiere... (Sacando un papel blanco del bolsillo.)

EDUAR. Déme usted...

GEN. No, no; yo dictaré y usted escribirá... asi lo haremos mas pronto.

EDUAR. Duquesa, ¿nos permite usted que pongamos cuatro líneas en su escritorio?

DUQ. Cuantas ustedes gusten. ¿No estan ustedes en su casa? Allí hay papel, tintero, plumas...

EDUAR. Gracias.

GEN. Gracias. (Los dos corren al escritorio: Eduardo se sienta preparándose á escribir: el General se coloca detrás, siempre con el papel blanco en la mano. En el mismo momento salen la Baronesa y la Marquesa por la izquierda: la Duquesa se levanta para recibirlas, y todas tres vuelven á sentarse en el extremo opuesto á aquel en que estan D. Eduardo y el General.)

ESCENA X.

DICHOS, la MARQUESA, la BARONESA.

MARQ. ¡Qué calor!

BAR. ¡Es insoportable!

DUQ. ¡Amigas mias!

MARQ. No se incomode usted por nosotras.

DUQ. Sentémonos aqui.

EDUAR. (Leyendo las líneas que ha escrito.) «Nuestro amigo y digno »colaborador el célebre poeta don Raimundo de Alvara»do ha dirigido ayer al ministro de Fomento el siguiente »escrito, sobre el cual llamamos toda la atencion de »nuestros lectores.»—Ahora dícteme usted, mi General.

GEN. Allá voy. (Haciendo que dicta.) «No estando conforme, so»bre todo en estos últimos tiempos, con la política del »gabinete de que vuecencia forma parte, mi honradez »y mi conciencia me dictan la línea de conducta que »debe de seguir un hombre de honor.» (Deteniéndose.) Hay aqui una palabra que no entiendo...

EDUAR. (Volviéndose para coger el papel.) Á ver?

GEN. (Retirándolo.) No... siga usted. Ya sé lo que dice. (Prosiguiendo.) «No queriendo, pues, faltar por nada ni por na»die á mis sagrados é imperiosos deberes, ruego á vue»cencia se sirva aceptar la dimision que le presento de »la plaza de auxiliar de esa secretaria que desempeña-

»ba, dotada con doce mil reales de sueldo. Dios guarde »á vuecencia muchos años. Madrid doce de febrero...»

EDUAR. Basta: lo demas queda á mi cargo.

GEN. Por supuesto que antes de mandarlo á la redaccion nos leerá usted lo que añada...

EDUAR. Sin duda; lo escribo en dos minutos.

DUQ. (Viendo al General que se acerca á ella.) ¿Han concluido ustedes ya?

GEN. ¡Yo si! A Eduardo le falta hacer ahora los comentarios. (Guardando el papel blanco en el bolsillo.) ¡Quiero conservar eternamente este precioso documento!

MARQ. Yo no habia oido nada.

BAR. Ni yo tampoco.

GEN. Pues no se habla de otra cosa en todas partes.

MARQ. Por eso no habrán venido los ministros.

GEN. ¡Quizás!

BAR. Y luego como recae en un sujeto tan amable, tan simpático!

DUQ. Á quien todos queremos.

BAR. ¿Leyó usted el elogio que hizo de mi en su último artículo?

MARQ. ¡Pues á mí me llamaba en él estrella refulgente!

DUQ. ¡Es la galanteria personificada!

GEN. Asi tiene tanto partido entre ustedes.

MARQ. Es decir, partido... hasta cierto punto.

BAR. Como un amigo...

MARQ. Como una persona agradable...

GEN. Y algo mas; pero él es muy modesto y oculta sus triunfos.

DUQ. ¿De veras?

GEN. Ahora mismo puedo asegurar á ustedes que le ama una de las jóvenes mas bellas y distinguidas de nuestra sociedad. (Mirando fijamente á la Duquesa.)

DUQ. (Poniéndose en pié.) ¿Qué dice usted?

GEN. Lo sé perfectamente.

DUQ. (Bajo.) ¡Silencio! ¡No hable usted delante de estas malas lenguas! (Tomando el brazo del General, y paseándose con él por la escena: la Marquesa y la Baronesa siguen hablando entre si; D. Eduardo continúa escribiendo) ¿Quién le ha contado á usted?...

GEN. Todo el mundo lo sabe.

DUQ. No es posible: una cosa sin importancia, sin consecuen-

cia!...

Gen. ¡Sin importancia relaciones que duran ya cuatro años!

Duq. (Soltando el brazo del General.) ¡Cuatro años!

Gen. Sin consecuencia una pasion profundamente arraigada en el alma de la una como en la del otro!

Duq. ¡Cielos! Entonces será menester que yo tome alguna medida enérgica...

Gen. Se lo aconsejo á usted, porque ellos estan decididos á cualquier cosa.

Duq. ¡Psit! Él no se atreverá...

Gen. ¿Por qué?

Duq. Su madre y yo somos amigas antiguas; como que nos hemos educado juntas en las Salesas: asi le conozco desde que nació, y sé que tiene un carácter débil, tímido, asustadizo, incapaz de adoptar un partido violento ni arrojado.

Gen. Se engaña usted; yo á mi vez he estado con Raimundo en la Escuela Pia, y puedo juzgar mejor que usted.— Bajo su exterior frio y pacífico, encierra un alma de fuego; y esa timidez que usted cree ver en él, es la máscara de su gigantesca osadia.

Duq. ¡Es imposible!

Gen. Es un hombre, que dado el primer paso, no retrocede nunca.

Duq. ¡Dios mio!

Eduar. (Levantándose.) Duquesa, General, oigan ustedes lo que he escrito. «Inútiles y ociosos serian los comentarios que »hiciesemos despues de la lectura del anterior documen»to. Él habla mas alto que cuanto pudiesemos añadir, y »es una prueba elocuente de hasta dónde ha llegado el »descrédito de los hombres del poder. Un escritor distin»guido, pero pobre, no vacila en sacrificar su posicion »modesta aunque honrosa, por no servir á un ministerio »aborrecible y desconceptuado. Eco de la unánime apro»bacion del público, nosotros felicitamos al señor Alva»rado por el paso que acaba de dar, gloriándonos de con»tarle desde hoy en el número de los que defienden en »nuestras columnas los principios á que hemos consa»grado nuestra vida entera.»

Marq. ¡Bravo!

Bar. ¡Bravísimo!

Gen. ¡Admirable!

EDUAR. Ahora, Duquesa, si usted me lo permite, lo mandaré con uno de sus criados á la redaccion, para que se publique mañana sin falta.

DUQ. Si, si. (Tira de la campanilla, aparece un lacayo.) Envíele usted adonde quiera. (Eduardo habla por lo bajo al lacayo, el cual se retira en seguida llevándose el manuscrito que aquel le entrega.)

ESCENA XI.

DICHOS, D. JUAN.

JUAN. (Acercándose al General.) Aqui me tiene usted ya, despues de haber desempeñado mi comision.

GEN. ¿Y qué tal?

JUAN. No sabe usted lo que he trabajado; pero con una habilidad, con una diplomacia, y permítame usted que lo diga, con un talento!

GEN. Estaba seguro de ello, y por eso confié á usted ese encargo delicado y difícil.

JUAN. Asi, afectando la mayor indiferencia, me acercaba á cualquiera y le decia:—¿Sabe usted ya la noticia?—¿Cuál?—Que nuestro gran poeta Alvarado ha hecho dimision de su destino.—¡Hombre! ¿Y por qué?—¡Toma! porque no quiere servir á esta gente.—Mi interlocutor abria los ojos cuanto podia, meneaba la cabeza en señal de admiracion, y comunicaba la especie á su vecino mas inmediato. Asi la cosa ha corrido con la rapidez del rayo, y á estas horas no hay en los salones un individuo que la ignore, ni siquiera los pollos de ambos sexos que bailan sin compás, como los muñecos de un reloj de música.—Pero lo que me ha sorprendido verdaderamente es que ninguna de las infinitas personas á quienes he contado la historia, sabia una palabra de ella.

GEN. (Ap., riéndose.) ¡Ya lo creo! (Alto.) Bien vé usted cómo ha sido acertado que usted la propague...

JUAN. Acertadísimo: en este momento hay un *tolle tolle* general contra el ministerio; y merced á él la popularidad de Alvarado ha llegado á su colmo. Pero cuando pienso que asi contribuyo á la elevacion del rival de mi hijo...

GEN. Consuélese usted con que entre tanto yo he decidido á la Duquesa á que le eche políticamente de su casa.

JUAN. ¿Si? Es usted un amigo como hay pocos.

ESCENA XII.

DICHOS, ROSA, RICARDO, del brazo.

ROSA. (Dejando el brazo de Ricardo y corriendo á la Duquesa.) Duquesa, ¿es cierto lo que todo el mundo dice?
JUAN. (Al General.) ¡Ricardo siempre con esta chica!
ROSA. (A la Duquesa.) ¿Que mi hermano ha renunciado su empleo?
DUQ. Ciertísimo.
ROSA. ¡Qué locura! ¿Qué dirá mamá cuando lo sepa? ¿Pero dónde se habrá metido Raimundo?
RIC. Allá estaba en un gabinete, sentado al lado de Luisa.
JUAN. (Ap. á él) ¡Calla, majadero!
RIC. ¡Pues si en toda la noche se han separado!
JUAN. ¡Lo mismo que tú de Rosa!
RIC. Por eso justamente...
JUAN. Yo pondré remedio.
GEN. (Viendo salir á Raimundo, trayendo á Luisa del brazo.) Ahí viene nuestro héroe, el ilustre poeta, el recto funcionario; y es menester que todos le felicitemos...
TODOS. ¡Si, si! (Corriendo á su encuentro.)

ESCENA XIII.

DICHOS, LUISA, RAIMUNDO.

GEN. (Abrazando á Raimundo.) Amigo mio, abrázame. Lo que acabas de hacer te honra singularmente, y acredita tu desinterés y tu noble independencia!
TODOS. ¡Si, si! (Rodeándole.)
RAIM. ¿Qué dices? (Sorprendido.)
EDUAR. (Abrazándole tambien.) Confieso que no lo esperaba de tí; pero te doy mi mas cordial enhorabuena.
RAIM. (Cada vez mas atónito.) ¿Estoy soñando?
DUQ. ¿Conque tan callado lo tenia usted, hipocritilla? Vamos, vamos, veo que tiene usted carácter.
JUAN. Amigo, ha dado usted un bello ejemplo...
RIC. Que será seguido... (Dándole la mano.)
GEN. ¡Y que te coloca á grande altura!

RAIM. (Bajo al General.) Pero ¿no me explicarás?...

GEN. (¡Silencio! ¿No ves que te estoy reedificando?)

ROSA. Raimundo, ¿sabes lo que has hecho? (En tono de reconvencion.)

RAIM. Precisamente lo que yo quisiera es saberlo.

EDUAR. ¡Eso se llama sembrar para recoger!

GEN. ¡Qué talento!

JUAN. ¡Qué prevision!

RIC. ¡En lo sucesivo puede usted aspirar á todo!

GEN. ¡Á los puestos mas elevados!

MARQ. ¡Alvarado, usted hará carrera!

BAR. ¡Y yo que le creia á usted un inocente!

EDUAR. ¡Ya sabe el niño, ya sabe!

GEN. Asi como las brujas anunciaron á Macbeth que seria rey, yo te digo á tí: ¡Serás ministro! ¡serás ministro!

JUAN. ¡De seguro!

EDUAR. ¡Sin duda!

RIC. ¡Ciertamente!

RAIM. (Ap., cada vez mas confuso.) Pero, señor, ¿qué habré hecho yo? ¿qué habré hecho yo? (Todos siguen rodeándole, abrazándole, felicitándole. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una sala modestamente amueblada en casa de Raimundo.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, la DUQUESA, LUISA. Al levantarse el telon, Rosa está sentada junto á una mesita bordando; un criado abre la puerta del fondo y anuncia á la Duquesa.

CRIADO. La señora Duquesa de Arco-Real.

ROSA. (Levantándose, y saliendo á su encuentro.) ¡Duquesa!

DUQ. (Besándola en la frente.) Buenos dias, hija mia.

LUISA. (Las dos jóvenes se besan.) Buenos dias, Rosa.

DUQ. ¿Y tu mamá?

ROSA. Hoy no se sentia bien, y se ha quedado en la cama.

DUQ. Precisamente nosotras veniamos á pasar la tarde aqui, y la haremos compañia. (Quítanse los sombreros la Duquesa y Luisa.) ¿Y que tiene la pobre señora?

ROSA. Lo de siempre: su reuma.

DUQ. ¡Vaya por Dios! ¿Y tu hermano?

ROSA. Ha salido; desde que se ha lanzado á la política, desde que dejó su destino hace una vida muy diferente de la de antes. Apenas para en casa; está siempre inquieto, agitado, triste; muchos dias no viene siquiera á comer, y por las noches se retira muy tarde, porque vá al Ateneo... al Casino...

DUQ. ¡Qué cambio tan repentino!

ROSA. ¡Y tan doloroso! ¡Ay Duquesa! Mamá dice, y yo la doy la razon, que ya no nos quiere como nos queria! (Enjugándose el llanto.)

LUISA. ¿Por qué?

ROSA. Él, que era tan tierno, tan afectuoso con nosotras, apenas si ahora nos dirige la palabra. Parece siempre distraido, preocupado con alguna idea... En fin, mamá se aflige, y yo no puedo consolarla.

DUQ. Pero su carácter...

ROSA. Su carácter es lo único que no ha variado.

DUQ. Duro, enérgico, violento, ¿eh?

ROSA. (Sorprendida.) Al contrario; dulce, apacible, tranquilo...

DUQ. ¿De veras?

ROSA. Se lo juro á usted.

DUQ. Entonces es que finge.

ROSA. ¿Fingir él, el muchacho mas sencillo, mas sincero, mas franco?...

DUQ. Veo que participas de un error muy comun... hasta poco há. Yo tambien lo creia asi; pero el General Bravo, que le conoce á fondo...

ROSA. ¡El General Bravo! ¡Él tiene la culpa de cuanto sucede! Él ha pervertido á mi pobre hermano, y á no ser por sus malos consejos no hubiera hecho dimision de su destino ni nada.

DUQ. Vamos á ver, ¿y le dicta tambien el General los artículos virulentos que firmados por Raimundo se publican cada dia en *El Estandarte*?

DUQ. ¡Tal vez!

ROSA. Lo cierto es que los tales artículos llaman extraordinariamente la atencion por su forma y por sus ideas; y todo el mundo se dice: «¡Cómo! ¿Son de aquel poeta tan suave y tan melífluo? ¡No estan escritos con tinta, sino con ponzoña! No son discursos, sino libelos!»

ROSA. (Llorando.) ¡Ay! No hable usted por Dios de eso á mamá.

DUQ. Lo que me temo es que os vá á dar en adelante muchos disgustos. ¿Quién sabe lo que le aguarda? Tendrá acaso que emigrar... ó le enviarán á Filipinas!

LUISA. Mamá, tú exageras.

DUQ. No, no... Antes no habia quien no le quisiera bien; ahora hay muchos que le quieren mal! ¡En fin, antes todos le creiamos un cordero; ahora todos sabemos que es un

leon!

LUISA. ¿Lo ves? ¡No haces mas que apurar á Rosa! (A la Duquesa.) No llores, no llores. (A Rosa.) Mamá es una pesimista.

DUQ. ¡Ojalá me equivoque, porque sabeis cuánto os aprecio! Voy á ver á tu mamá... No, no vengas; te conoceria que has llorado, y... Quédate aqui con Luisa.

ROSA. Ya sabe usted el camino de la alcoba, ¿no es verdad?

DUQ. Si, si. Hasta luego.

ROSA. Hasta luego. (Rosa acompaña á la Duquesa hasta la puerta, y vuelve en seguida al proscenio.)

ESCENA II.

LUISA, ROSA.

LUISA. No hagas caso de lo que mamá dice.

ROSA. Es que estoy de acuerdo con ella.

LUISA. Pues yo te aseguro que no hay motivo para tanto, y que mejor es que Raimundo haya adoptado un camino diverso del que seguia antes.

ROSA. ¿Por qué?

LUISA. Allá lo verás.—Supongo que no dudas del interés que me inspira su suerte.

ROSA. (Sonriéndose.) No, no.

LUISA. Pues bien, yo estoy mas contenta ahora, que apenas le veo, que cuando le tenia casi siempre á mi lado; y mas me satisface oir los ataques terribles que muchos le dirigen, que el concierto de alabanzas suyas que antes únicamente escuchaba.

ROSA. No te comprendo.

LUISA. Amiga, tú eres una niña...

ROSA. Y tú una vieja... (Sonriéndose.)

LUISA. Te llevo cuatro años; y cuatro años...

ROSA. Son cuatro años.

LUISA. Son mucho en nuestra edad. Por otra parte, no lo ignoras, amo...

ROSA. En cuanto á eso... no estás mas adelantada que yo. (Bajando los ojos.)

LUISA. Si; pero tú quieres á un jóven de quien puedes esperarlo todo; yo á un hombre pobre, desvalido, tímido, del que no puedo esperar nada. El dia que Ricardo pida tu mano, tu familia se apresurará á concedérsela; el dia que Raimundo solicitase la mia, se la negarian segura-

mente.

ROSA. Es verdad.

LUISA. Pero si mañana las cosas variasen, si tuviera una carrera sólida, una posicion brillante, un porvenir feliz, entonces ¿quién sabe lo que sucederia?

ROSA. ¡Ya! ¡Y para eso es menester empezar por renunciar lo que se tiene!

LUISA. Querida, en la sociedad en que vivimos no hay mentira mayor que aquella gran verdad de los tiempos antiguos: «Mas vale poco que nada.» En el dia, por el contrario, mas vale nada que poco. El que vá á un fin por sus pasos contados no llega nunca; porque la política es una especie de carrera de caballos, en que triunfa siempre el que llega primero.

ROSA. Y asi...

LUISA. Asi es indispensable arrojar cualquier estorbo para poder ir mas de prisa.

ROSA. Será como dices, porque yo no entiendo una palabra de tales cosas; pero nadie me convencerá de que estorbe á ninguno un sueldo de doce mil reales.

ESCENA III.

DICHAS, el GENERAL.

GEN. Señoritas...

LUISA. ¡General! (Rosa le saluda friamente.)

GEN. ¿Y mamá? (A Rosa.)

ROSA. Está en la cama.

GEN. ¿Y Raimundo?

ROSA. (Secamente.) Ha salido. (Toma su labor, se sienta junto á la mesita y se pone á bordar.)

GEN. (A media voz á Luisa.) ¿Qué tiene?

LUISA. (Id.) Está furiosa contra usted.

GEN. ¿Por qué?

LUISA. Dice que usted dá malos consejos á su hermano.

GEN. ¡Pobre niña! Será preciso ponerla de nuestra parte. (Alto.) Pues, señor, Raimundo vá perfectamente. No se habla en Madrid sino de él.

ROSA. Lo cual significa que todo el mundo habla de él mal.

GEN. Ahora vengo del Congreso de Diputados, y era asunto de todas las conversaciones en el salon de conferencias su

magnífico artículo de hoy. ¡Qué estilo, qué vigor, qué valentia! Los ministros, que se sienten heridos en lo mas vivo, estan furiosos y tratan de denunciarlo.

ROSA. (Levantándose y acercándose con enojo al General.) ¡No nos faltaba mas que esto! ¿Con que formarán causa á mi hermano? ¿Con que tendrá que presentarse á un tribunal? ¿Con que tal vez le condenarán á destierro, á prision, á... qué sé yo? Puede alabarse de la gracia el que tiene la culpa de todo; el que le ha metido en ese berengenal, el que... En fin, no quiero hablar. (Vuelve á sentarse otra vez y borda muy de prisa.)

GEN. ¡Pero qué triunfo le espera si tiene que comparecer ante el jurado! Absuelto, crecerá inmensamente su reputacion; condenado, se ensanchará aun mas su porvenir; y el dia del triunfo, el dia de la victoria...

ROSA. (Levantándose otra vez y acercándose al General.) El dia del triunfo, el dia de la victoria, él volverá triste y famélico de su destierro, y segun costumbre verá que los vencedores se han repartido entre sí el botin, sin dejarle ni la menor parte. (Vuelve á sentarse y á bordar furiosa.)

GEN. El dia del triunfo lloverán sobre él los honores y las recompensas. Entonces no tendrá doce mil reales de sueldo, sino sesenta, ochenta, cien mil; entonces no será el último auxiliar de una secretaria, sino jefe de seccion, subsecretario ó quizás ministro. (Rosa vuelve la cabeza.) Entonces, en fin, podrá hacer su felicidad y la de cuantas personas le interesen. (Rosa deja la labor y escucha con atencion.) Porque, ¿quién no ambicionará enlazarse con su familia? ¿Quién no se creerá muy favorecido con poder ofrecer su mano á una niña modesta, virtuosa é interesante? (Rosa se pone en pié.) Todos los obstáculos que antes pudiesen existir, desaparecerán como por encanto; y los mismos que hoy la rehusarian abiertamente serán los primeros á solicitar mañana semejante alianza.

ROSA. (Que se ha ido acercando poco á poco al General, hasta colocarse á su lado.) ¿De veras? ¿De veras?

GEN. Venga usted acá, criatura, venga usted acá. (Estrechándola afectuosamente las manos.) ¿Con que usted estaba irritada conmigo? ¿Con que me queria usted tan mal?

ROSA. (Bajando los ojos.) Yo...

GEN. ¿Con que no comprendia usted que su interés como el de su amiga están en la elevacion de Raimundo?

ROSA. ¿Cree usted?...

GEN. No creo, estoy seguro de que la Duquesa no se opondrá al matrimonio de su hija el dia que su hermano de usted tenga una regular posicion; y tambien estoy seguro de que don Juan se dará prisa á casar á Ricardo con usted en el punto y hora en que vea que de ello puede sacar algun partido; por ejemplo, ese título de conde que le han negado tres veces, y que es su eterna pesadilla.

ROSA. ¡Ay, General! ¡Qué bueno es usted!

GEN. ¡Hola! ¿Con que ahora le parezco á usted bueno, y antes me creia un hombre perjudicial, un malvado, un monstruo?—¡Egoistilla!

ROSA. Perdóneme usted; es que no adivinaba...

GEN. Con que asi, en adelante alianza ofensiva y defensiva entre nosotros.

ROSA. Si por cierto.

GEN. Usted se obliga á prestarnos auxilio, y yo la ofrezco proteccion y amparo...

ROSA. Estoy conforme.

GEN. Queda, pues, firmado el convenio, y en señal de él... démonos las manos.

ROSA. ¡Con toda mi alma!

LUISA. Las potencias interesadas aplauden el desenlace de la cuestion.

GEN. En Madrid, á veintiuno de Febrero de mil ochocientos y tantos. Aqui hay un sello y dos rúbricas. Ahora vaya usted á ver si puedo saludar á su madre.

ROSA. Voy corriendo. General, ¡qué injusta era con usted! (Váse rápidamente.)

ESCENA IV.

LUISA, el GENERAL.

GEN. Hemos perdido un enemigo, y adquirido un aliado.

LUISA. ¿Y Raimundo?

GEN. ¿Raimundo? Si supiera usted, Luisa, el trabajo que me cuesta convertirle en grande hombre! Á cada paso dificultades é inconvenientes; á cada momento dudas y escrúpulos que nos hacen perder un tiempo precioso. Es una lucha contínua, obstinada, terrible, entre su debi-

lidad y mi fuerza; entre su organizacion y mi voluntad. Á veces me irrito, me enfado, y estoy por abandonarle...

LUISA. ¡No lo haga usted, por Dios!

GEN. Si no le quisiera tanto, si no me interesara de veras por su suerte y por la de usted...

LUISA. Lo que no me explico, es cómo ha podido usted obligarle á escribir esos artículos tan duros, tan violentos...

GEN. Es que no los escribe él solo...

LUISA. ¿Cómo?

GEN. Yo le ayudo...

LUISA. ¿Es posible?

GEN. Es la pura verdad. Aunque mi oficio es manejar la espada, entiendo tambien algo del manejo de la pluma; asi, viendo que nunca llegaria Raimundo al diapason que se necesitaba, me dediqué á emborronar papel, y no me salió del todo mal. Al principio Raimundo limaba mis escritos, y castigaba el estilo; pero notando que lo castigaba demasiado, resolví suprimir su censura. En consecuencia algunas veces publico párrafos y artículos mios, de que él no tiene noticia hasta que los vé impresos con su firma en el periódico.

LUISA. ¡Cuánto le debemos á usted, General!

GEN. No quiero aparecer á los ojos de usted mejor de lo que en realidad sea; asi, sépalo usted, en este negocio, al propio tiempo que por ustedes, trabajo *pro domo mea.*

LUISA. *¿Pro domo mea?* No comprendo...

GEN. Me explicaré. Soy hombre político, lo cual significa que soy ambicioso y que pretendo ser ministro. Como diputado figuro en el Congreso en primera línea entre los adversarios del gabinete, con la esperanza de echarle abajo y de entrar á sucederle. Allí, lo que llaman «mi franqueza militar y mi ruda elocuencia,» me han conquistado vivas simpatias, y el dominio de una fraccion numerosa é importante. Ya conoce usted que no podia en esta situacion hacerme periodista; pero tropecé con Raimundo, ví que sirviendo á sus intereses era dable trabajar en pró de los mios, y de la noche á la mañana conseguí que prestase la autoridad de su nombre y de su firma á algunos de mis escritos...

LUISA. ¡General, qué habilidad la de usted!

GEN. De este modo tengo dos cuerdas en mi arco y aseguro mas mi victoria, cabiéndome al propio tiempo la fortuna de hacer dichosas á personas á quienes profeso una amistad y un cariño verdaderos.

LUISA. Y vea usted por dónde me hallo obligada á hacer votos al cielo por el triunfo de un partido, y á convertirme, sin ser vieja, nada menos que en mujer política!

GEN. Esté usted segura de que venceremos. (Dándole la mano.)

LUISA. Asi lo aguardo.

GEN. Con una auxiliar como usted y con una causa como la nuestra, es segura la victoria.

LUISA. ¡Dios lo quiera!

ESCENA V.

DICHOS, ROSA.

ROSA. General, cuando usted guste puede pasar á saludar á mamá.

GEN. Vamos.

ROSA. (A Luisa.) ¿Vienes tú tambien? (Viendo salir á Raimundo.) No, no, quédate. Te dejo muy bien acompañada. (Vánse el General y Rosa.)

ESCENA VI.

LUISA, RAIMUNDO.

RAIM. ¡Luisa!

LUISA. ¡Raimundo!

RAIM. Gracias al cielo que podemos hablarnos un instante á solas!

LUISA. ¡Tambien lo deseaba yo!

RAIM. Desde que me he lanzado, ó me han lanzado, en la triste senda que recorro, nos faltan todavia mas que antes las ocasiones de vernos; y su madre de usted está menos amable que nunca conmigo.

LUISA. En cambio puedo asegurarle á usted que le aprecia doble. Ayer me decia: «¿Sabes que me ha dado chasco Raimundo? ¡Yo que le juzgaba un hombre débil, flexible, manejable! ¡Qué energia, qué decision las suyas! Á pesar de todo, prefiero verle asi á que sea un pacato,

un mandria, un...»

RAIM. Y sin embargo, desde que renuncié mi destino no me ha convidado siquiera una sola vez á comer...

LUISA. Es que le teme á usted, es que le tiene miedo.

RAIM. ¿Y qué hemos adelantado con esto?

LUISA. ¡Qué hemos adelantado? ¡Ya lo verá usted!

RAIM. Todo el mundo me demuestra una frialdad, un despego á que no estaba acostumbrado; hay gentes que han dejado de saludarme...

LUISA. Mientras habrá otras que se quiten el sombrero hasta los pies cuando pase usted.

RAIM. Es verdad; pero...

LUISA. Mientras los hombres importantes, los hombres políticos, que antes le desdeñaban, fijan ahora la atencion en usted, exclamando: «¡Este muchacho tiene talento! ¡Este muchacho hará carrera! ¡Si le tendemos la mano puede sernos útil; si nos es hostil, puede hacernos daño.»

RAIM. No importa: ¡la máscara que llevo me pesa, me sofoca, me ahoga! Quiero, pues, quitármela; arrojarla lejos de mí y volver á aparecer tal cual soy, con mis defectos y mis cualidades, con mis faltas y mis instintos, con m verdadero carácter y con mi propia fisonomia.

LUISA. Guárdese usted de hacerlo, Raimundo; porque la sociedad, considerándose burlada, seria implacable con usted, y no le perdonaria nunca que la hubiese engañado un instante. ¡Vamos, tenga usted valor... siquiera por mí!

RAIM. Si no fuese por eso, no me hubiera prestado nunca á esa inícua supercheria.

LUISA. ¿Supercheria la llama usted?

RAIM. ¿Pues qué otra cosa es fingirme lo que no soy, representar una farsa ridícula?...

LUISA. ¿Y hace usted daño á alguien? ¿Ofende, maltrata á alguno? Esa piel de leon que tanto le pesa, ¿sirve para herir á los otros, ó solo para impedir que los demas le hieran?...

RAIM. Con frecuencia me irrito, me sublevo, me indigno contra el fatal poder que he dejado adquirir sobre mí al General: entonces estoy por repeler su yugo y su tirania; pero al ir á ejecutarlo me faltan el valor y las fuerzas...

LUISA. ¡Cómo! ¿Pretende usted enajenarse el apoyo de su pro-

tector, de su único amigo? ¿Qué seria de usted en ese caso? ¡Volveria á su desgraciada situacion de antes!

RAIM. ¿Y es mejor la de ahora?

LUISA. Mil veces: ahora tiene usted consideracion é importancia; ahora le temen y le respetan á usted; antes era usted un niño, ahora es un hombre! Despues, cuando hayamos conseguido nuestro fin; cuando seamos felices; cuando estemos casados, será ocasion de rechazar el dominio del General, como el de cualquier otro... Porque un marido no debe dejar que le mande nadie... nadie mas que su mujer. (Apoyándose en su brazo con coqueteria.)

RAIM. ¡Luisa mia! (Estrechando su mano.)

LUISA. ¡Con que ánimo, perseverancia, resolucion! Ya está andado lo peor del camino; no vuelva usted la vista atrás, sino diríjala siempre al porvenir. ¿No escucha usted dentro de su corazon una voz secreta y poderosa que le grita: «Adelante, adelante?»

RAIM. ¡Si, si!

LUISA. Pues esa voz es el instinto secreto y misterioso del bien; esa voz es el grito omnipotente del amor!

RAIN. Luisa, Luisa, te lo prometo, te lo juro; si tú no me abandonas, si tú me estimulas, si tú me amas, seré capaz de todo para ser digno de ti! (Cayendo á sus pies y besándola la mano.)

ESCENA VII.

DICHOS, el GENERAL.

GEN. ¡Que viene la Duquesa!

RAIM. (Levantándose y queriendo echar á correr.) ¡Ay, Dios mio!

GEN. ¡Alto ahí el prófugo! ¡Qué demonio! ¿Con que todavia nos asustamos de una alarma falsa? ¿Con que aun huimos al aproximarse el enemigo?

RAIM. ¡Cáspita! ¡Qué susto me has dado!

GEN. Tranquilízate; la Duquesa está á la cabecera de la cama de tu madre, recordando sus juventudes y sus conquistas, y yo no he querido sino poner á prueba tu valor. Como les sucede á los soldados visoños, has corrido en la primera batalla; pero tú te mantendrás firme en tu puesto en la segunda.

LUISA. ¡Asi sea!

GEN. Ahora entre usted en la alcoba, porque la mamá, señorita, ha preguntado lo que hace usted aqui, y si tardase en ir allá, es probable que viniese ella misma á averiguarlo.

RAIM. (Con terror.) ¡Váyase usted, váyase usted!

GEN. ¡Mire usted cómo Raimundo tiembla á la sola idea de que pudiese aparecer aqui. ¡Ah cobarde!

LUISA. Hasta despues. (Tendiendo la mano á Raimundo.)

RAIM. Hasta despues.

LUISA. ¿Me promete usted tener ánimo?

GEN. Eso corre de mi cuenta.

RAIM. Lo tendré, lo tendré.

LUISA. (Amenazándole.) Es que si no...

RAIM. ¡Adios, Luisa mia! (Besándola la mano.)

LUISA. Adios. (Váse corriendo.)

ESCENA VIII.

El GENERAL, RAIMUNDO.

GEN. ¡Vea usted el soso cómo se anima!

RAIM. Á su lado lo olvido todo, Valentin; mis disgustos y mi porvenir, mi situacion y mis temores, mis instintos y mi carácter.

GEN. Ya lo veo, ya.

RAIM. ¡Porque la amo tanto! Pero asi que se separa de mí, me abandona esa animacion facticia, y vuelvo á caer en un desaliento profundo, en una tristeza invencible...

GEN. ¡Tá, tá, tá!

RAIM. Todo lo veo negro, sombrio, terrible... En nada espero, en nada confio... Á propósito: ¿sabes que el gobierno ha denunciado mi artículo... es decir, nuestro artículo... esto es, tu artículo de ayer?

GEN. ¡Magnífico!

RAIM. ¿Te alegras?

GEN. Y si no fueses un pobre hombre tú deberias alegrarte tambien.

RAIM. ¿Por qué? ¡No te comprendo!

GEN. Porque te se presenta la ocasion de conseguir un gran triunfo. Denunciado el escrito, tú, como firmante, estás en la obligacion de defenderlo.

RAIM. ¿Yo? (Aterrado.)

GEN. Te presentas al tribunal, haces un discurso terrible, caloroso, elocuente; el público te aplaude y te aclama, el fallo es absolutorio, y despues la gente te lleva en triunfo á tu casa.

RAIM. ¿Y si el artículo sale condenado?

GEN. Estonces no hay otra diferencia sino la de que el pobre editor responsable vá á tomar aires unos cuantos meses... en un castillo. ¡Pero la ovacion para tí será siempre la misma!

RAIM. Hablar yo en público, atacar al gobierno, halagar las pasiones de la muchedumbre... eso no lo haré jamás.

GEN. El caso es que tampoco yo puedo servirte allí de apuntador y dictarte las palabras que has de pronunciar.

RAIM. ¡Ay, Valentin! ¡En qué berengenal nos hemos metido!

GEN. ¡Ay, Raimundo! ¡Qué de prisa caminamos á la victoria!

RAIM. ¿De veras? (Algo animado.)

GEN. Asi como en sus últimos momentos un moribundo se agita en las convulsiones de la agonia, asi tambien los gobiernos que van á hundirse descubren en sus violencias la proximidad de su fin. El ministerio se halla en su período de muerte; nuestro artículo de ayer le ha herido en el corazon, y la defensa hecha por tí será, tiene necesariamente que ser el golpe de gracia.

RAIM. Pero... ya que tú eres el autor de mi artículo... ¿no deberias defenderlo tambien?

GEN. ¡Miserable! ¡Cuando por cariño, por interés hácia tí quiero cederte ese honor insigne!...

RAIM. Yo creo, por el contrario, que seria una prueba mayor de ese interés y de ese cariño, evitarme...

GEN. Pues no señor; usted será quien comparezca ante el tribunal; usted será quien tome la palabra; usted quien electrice al auditorio... Luisa estará allí, contemplándole, animándole á usted con sus miradas; Luisa, que debe ser el objeto y el galardon de sus afanes... Porque al dia siguiente el ministerio sucumbe; se forma otro en que su excelencia el señor General Bravo tiene cabida, y poco despues el señor don Raimundo Alvarado, director general de... de cualquier cosa, ó primer secretario de la legacion española en cualquier parte, pide y obtiene la mano de la jóven, linda y opulenta vizcondesa de Castro.

RAIM. ¡Si ese fuera realmente el término de todo!

GEN. ¡Cuando te digo que lo será! Sino que en el mundo lo que algo vale, algo cuesta; y antes de llegar á la tierra de promision hay siempre que sufrir trabajos y...

ESCENA IX.

DICHOS, RICARDO.

RIC. (Saluda en silencio al General, despues se dirige á Raimundo y le dice grave y secamente.) Caballero, celebro encontrarle á usted en su casa; porque le he buscado en balde en la redaccion del periódico y en otros sitios...

RAIM. (Sorprendido.) ¿Qué se le ofrece á usted, Ricardo?

RIC. (Sacando un periódico del bolsillo.) En el número de hoy de *El Estandarte*, y firmado por usted, he visto un párrafo venenoso, en el cual, aunque no se nombra á mi padre, se alude claramente á él.

RAIM. ¡Cómo!... ¿Á su padre de usted?... No lo sabia.

GEN. ¡Jem, jem, jem!

RIC. ¿No lo sabia usted y lo firma?

RAIM. Quiero decir que...

RIC. Asi, es menester que mañana sin falta se haga una aclaracion solemne y categórica... ó que se atenga usted á las consecuencias.

RAIM. ¿Una aclaracion? (Como prestándose á ello.)

GEN. ¿Una aclaracion) ¡Usted no conoce á Raimundo! ¡Cantar él una palinodia! ¡Estoy seguro de que no lo hará nunca! ¿No es verdad?

RAIM. (Sin energia.) Ciertamente.

RIC. (Bajando un poco el tono.) Sin embargo, cuando se ha dado crédito á informes inexactos... cuando se confiesa con nobleza un error... cuando uno reconoce que se ha excedido... Á usted pongo por juez, mi General; oiga usted el párrafo, y dígame si es lícito tratar asi á una persona respetable...

GEN. Ya escucho: lea usted.

RAIM. (Bajo á él.) ¿Pero no lo has escrito tú?

GEN. (Id.) Yo mismo. (Á Ricardo.) Veamos.

RIC. (Leyendo.) «El gabinete, que se siente débil ante el tro»no, ante las córtes y ante la opinion, ha querido ro»bustecerse estos dias asociándose un pobre pigmeo.

»Aludimos á cierto diputado millonario, á quien se han »hecho proposiciones para encargarse del departamento de Hacienda, proposiciones acogidas con avidez por »parte del objeto de ellas. Hombre este sin principios »fijos y sin tendencias determinadas, nulo, inepto é in»significante, figuraba hasta aqui en la oposicion por »haberle negado el gobierno un título de Castilla, con »que sueña hace años. Mas la oferta de una cartera ha »desarmado al antiguo vendedor de lienzos, convirtién»dole en panegirista entusiasta de los mismos á quie»nes antes atacaba sin piedad. Si por fin el ministerio »*se refuerza* con tan grotesco individuo, su caida será »mas rápida, aunque en cambio será mas vergonzosa.» ¿Qué le parece á usted, General?

GEN. ¡Fuertecillo, fuertecillo está!

RAIM. ¡Es atroz!

GEN. Si, pero es atroz eso de pedir á uno que se retracte, y tú no debes, tú no puedes hacerlo. El artículo está firmado por tí, y es claro, te pondrias soberanamente en ridículo si mañana explicases lo que no tiene explicacion. (Á Ricardo.) Asi, amigo mio, usted tomará el partido que guste.

RIC. (Á Raimundo.) ¿De veras ha escrito usted eso? ¡Parece imposible!

RAIM. (Vacilando.) Yo...

GEN. ¿Quién lo habia de escribir? Yo siempre le estoy diciendo que suavice su estilo, que mida sus palabras... Pero él es un caballo desbocado, al que nada detiene cuando una vez se lanza.

RIC. En ese caso solo resta un medio... ya que usted se niega á dar las explicaciones que le pido.

GEN. Claro es que se niega.

RIC. Las personas que usted designe se entenderán con mis padrinos, el conde del Soto y el coronel Mendoza.

RAIM. (Con terror.) ¡Un duelo!

GEN. Creo que tú contarás conmigo y con Eduardo Lopez, el director del periódico... es natural... (Movimiento afirmativo de Ricardo.) Nosotros pasaremos despues á ver á esos señores.

RIC. Créame usted, General: que deploro sinceramente que lleguemos á semejante extremidad, pero no hay mas recurso despues de la absoluta negativa de este caballero;

despues de la altaneria, del desden con que me ha recibido...

RAIM. ¿Yo?

GEN. Él no podia hacer otra cosa cuando usted venia decidido á...

RIC. (Muy conmovido.) Todo esto sabiendo mis simpatias por... las intenciones que... Ahora es imposible, puesto que se ha complacido en abrir un abismo entre nosotros... Adios, General, adios. (Váse rápidamente enjugándose los ojos.)

ESCENA X.

El GENERAL, RAIMUNDO.

GEN. (Muy alegre, frotándose las manos.) ¡Bien! ¡Bien! ¡Magnífico! ¡Soberbio!

RAIM. ¡Es lo único que me faltaba! (Furioso.)

GEN. ¡Si, lo único que te faltaba para realzar tu posicion!

RAIM. ¡Un libelo semejante no podia traer otras consecuencias!

GEN. Tal fué mi intencion al escribirlo.

RAIM. ¿Y te atreves á confesarlo?

GEN. ¿Por qué no?—¡Un desafio te era de todo punto indispensable!

RAIM. ¡Si, cuando no he tomado en mi vida un florete en la mano; cuando no sé siquiera descargar una pistola!

GEN. ¡Diablo! ¡Eso ya es diferente!

RAIM. Me pasará de parte á parte de una estocada, ó me dejará frio de un balazo. (Trágicamente.) Pero mi sangre caerá gota á gota sobre tu cabeza!

GEN. ¡El caso es grave... y ya no podemos retroceder! (Pensativo.)

RAIM. Mi madre te deberá la pérdida de su hijo... y mi hermana la de su felicidad... porque Ricardo habria concluido por casarse con ella.

GEN. (Dándose una palmada en la frente.) ¡Ah! ¡Perfectamente!

RAIM. (Furioso.) ¡Cómo! ¿Perfectamente dices?

GEN. Tranquilízate, hombre; ni tu madre perderá su hijo, ni tu hermana su novio. Al contrario, de este snceso resultará...

RAIM. ¿El qué? Explícate.

GEN. Ese es mi secreto. Pero te lo repito, no te batirás. Lo esencial ahora es que no te se conozca el miedo...

RAIM. Yo no tengo miedo.

GEN. Asco, repugnancia, lo que quieras. El nombre es lo de menos.—Échala de héroe, de tremendo, de intratable... en la inteligencia de que no te expones á nada... Te doy mi palabra de honor! Desecha las proposiciones de arreglo que pudieran hacerte, y ten ciega confianza en mí. Mientras, yo voy á decírselo en secreto á todo el mundo, para que la noticia corra con la celeridad del rayo; para que nadie ignore que Raimundo Alvarado vá á batirse con Ricardo Garcia. Á la noche no se hablará de otra cosa en los cafés, en los salones y en el Casino; y mañana lo indicarán la mayor parte de los periódicos.

RAIM. ¿Para qué?

GEN. ¿Para qué? Para que todos digan: ¿No sabe usted? Raimundo tiene un duelo con el hijo del rico banquero Garcia.—¿Sí? No lo creia yo de él.—Parece que ese muchacho tiene el corazon bien puesto!—¡Vea usted! Y decian que era un cordero!—¡Es un leon con piel de oreja!—Fíese usted en el agua mansa, etcétera, etcétera, etcétera!

RAIM. ¿Y si llega á oidos de mi pobre madre?

GEN. ¡No llegará!

RAIM. ¿Y si lo descubre mi hermana?

GEN. Lo descubrirá, porque se lo diremos nosotros...

RAIM. ¡Silencio! (Señalando á la puerta por donde salen la Duquesa, Luisa y Rosa.)

ESCENA XI.

DICHOS, la DUQUESA, LUISA y ROSA.

DUQ. (Hablando con Rosa.) No, no, hija mia; no te apures; no veo á tu mamá peor que otras veces.

ROSA. ¡No hace mas que llorar la pobrecita!

DUQ. ¿Y quién tiene la culpa? ¡Tu dichoso hermano! (Viéndole.) ¡Hola!... ¿Aqui está usted, calaveron?

RAIM. ¡Señora! Yo...

DUQ. Si, usted, usted acabará por matar á su excelente madre, que no vive, que no descansa, que no sosiega ni un minuto desde que usted se ha echado á la vida airada.

RAIM. Yo...

DUQ. La infeliz siempre está con el alma en un hilo, esperando, temiendo disgustos y desgracias.—Tú lo verás,—me decia poco hace, anegada en llanto;—tú verás como ese chico concluye mal! El dia menos pensado tendrá algun lance...

GEN. (Sonriéndose significativamente.) ¡Ya lo creo!

RAIM. (Aparte á él.) ¡Calla!

DUQ. Esa mirada, esa sonrisa, la turbacion de Raimundo... ¿Por ventura lo tiene ya?

GEN. ¡Tal vez!

RAIM. ¡Calla, calla!

ROSA. ¡Ay Dios mio!

LUISA. (Aparte á Raimundo.) ¿De veras?

DUQ. ¡Si tenia que suceder! ¡Si no habia remedio! Si esos artículos desvergonzados é insolentes no podian dar otro fruto! Apláudase usted de la gracia, señorito. Usted asesinará á su madre!

RAIM. Señora...

GEN. Es lo propio que yo le decia; pero está tan decidido, tan empeñado en llevar las cosas al extremo...

RAIM. ¿Qué dices?

DUQ. Y ¿con quién, con quién es?

GEN. ¡Chit!... ¡Con Ricardo Garcia! (En voz baja.)

DUQ. ¡Con Ricardo Garcia! ¡Qué horror! (Gritando.)

ROSA. ¡Cielos! ¡Con Ricardo! ¡Es imposible: tú no te batirás con él!

DUQ. ¿Y cuál es el motivo?

GEN. En la apariencia una cuestion periodística; en el fondo cierta rivalidad secreta...

DUQ. (Tosiendo.) ¡Jem! ¡jem! ¡jem! (Bajo al General.) ¡General, por Dios!

ROSA. (Sin comprender.) ¿Una rivalidad? ¿y de qué?

LUISA. (Bajo á Raimundo.) ¡No se batirá usted!

RAIM. (Desesperado.) Me batiré... me matará... y será lo mejor.

LUISA. Eso sí que no.

DUQ. (Al General.) Es menester que usted arregle el asunto á toda costa... en primer lugar por Raimundo, que hace tanta falta á su familia; despues por Ricardo, que es un excelente chico...

GEN. En cuanto á ese, no le arriendo la ganancia si el desafio se verifica...

DUQ. ¿Por qué?

GEN. Porque Raimundo es el primer tirador de armas de Madrid.

DUQ. (Vivamente.) Lo repito, es indispensable que usted lo arregle.

ROSA. Si, arréglelo usted, arréglelo usted.

GEN. (A la Duquesa, bajo.) Entiendo: usted teme perder un gran partido para su hija... (A Rosa, idem.) y usted, niña, teme perder su novio... ¡es natural! (Alto.) Tranquilícense ustedes: el lance no se llevará á efecto, porque seria un asesinato.

DUQ. ¿Con que es usted tan hábil en el manejo de?... (A Raimundo.)

RAIM. ¡Psit! ¡Regular! (Con modestia.)

DUQ. ¡Y yo que no lo sabia!

LUISA. ¡Ni yo!

ROSA. ¡Ni yo!

RAIM. (Ap.) ¡Ni yo!

GEN. (A Raimundo.) ¿Lo ves? Ya casi estás persuadido tú mismo de que eres un gran tirador.

ESCENA XII.

DICHOS, D. EDUARDO, D. JUAN.

EDUAR. (Desde la puerta.) Vamos, cálmese usted; tenga usted prudencia...

JUAN. Calma, prudencia, cuando ese calumniador, ese libelista?...

EDUAR. Quizás podamos llegar todavia á un acomodo...

JUAN. ¿Acomodo? ¡No es posible! Le perseguiré ante los tribunales... y primero mi hijo; ¿está usted? mi hijo, que ha ido tres años seguidos á la sala de armas de Carbonell, le exigirá una satisfaccion...

EDUAR. Silencio: ¿no vé usted que hay damas delante?

JUAN. Señoras, mil perdones... Pero vengo tan excitado... (A Raimundo.) Á usted buscaba, caballerito.

GEN. Es inútil, señor don Juan; acaba de marcharse de aqui su hijo de usted y ha quedado todo arreglado.

JUAN. ¿Todo?

GEN. Todo.

JUAN. Lo celebro: asi llevará su merecido. (Los actores se divi-

den en dos grupos: á la derecha se colocan las tres señoras, que sostienen una conversacion animada con Raimundo; á la izquierda, lo mas al extremo posible, el General, D. Juan y D. Eduardo.)

GEN. ¿Quién?

JUAN. ¿Quién ha de ser? Ese mosquita muerta, ese hipócrita, ese mogigato.

GEN. Lo dudo.

JUAN. ¿Por qué?

GEN. Porque seria la vez primera.

JUAN. ¡Cómo! ¡Pues qué ¿ha tenido otros lances?

GEN. ¿Que si ha tenido? Uno cada dia.

JUAN. Y siempre?

GEN. Siempre ha sido él quien ha zurrado.

JUAN. ¿Qué me dice usted, General? (Asustado.) Y yo que le creia un pacato, un cobarde!...

GEN. Si le contase á usted...

JUAN. ¡Cuénteme usted, cuénteme usted, por Dios!

GEN. ¡Si supiera usted qué soberbias palizas les dá á los primeros maestros de Madrid!

JUAN. (Respirando.) Ya; pero en el campo... es otra cosa...

GEN. ¿En el campo? No he visto en todas las acciones en que me he hallado sangre fria igual á la suya. Él arriesga su vida con la misma indiferencia con que usted ó yo nos bebemos un vaso de agua. ¿No es verdad, Eduardo? (Guiñándole un ojo.)

EDUAR. Es la pura verdad.

GEN. ¡Qué brazo el suyo! ¡Qué estocadas tan bien dirigidas al corazon! ¡Qué ojo tan certero! ¡Donde lo pone, pone la bala!

JUAN. ¡Ay, ay, ay!

GEN. Asi, siento mucho decírselo, pero si se baten puede usted dar á su hijo por muerto.

EDUAR. (Apoyando.) ¡Por muerto!

JUAN. ¿Por muerto?

GEN. Si tiene compasion de él, le dejará manco ó cojo por toda su vida, segun ha hecho con otros.

JUAN. ¿Cuando les tiene compasion? (Gritando.) ¡Ese hombre lleva el diablo en el cuerpo!

GEN. Algo mas: es el diablo mismo en persona.

JUAN. ¿Y sabe usted de alguno á quien haya?...

GEN. ¿Que si sé? Le he visto despachar tres al otro mundo con su acostumbrada impasibilidad: al primero le atra-

vesó de parte á parte por debajo de la tetilla izquierda; al segundo le metió una bala por encima de la ceja derecha, y al tercero...

JUAN. General, General, es menester que usted arregle el negocio. Yo no puedo permitir que asesine á mi hijo único, mi esperanza, mi orgullo, mi ambicion...

GEN. No veo mas que un medio de impedirlo...

JUAN. Desde luego lo admito, sea el que fuere. ¿Cuál es?

GEN. El que se bata usted en su lugar.

JUAN. ¿Yo? (Aterrado.)

GEN. El asunto, segun decia usted al entrar, no admite composicion. El párrafo del periódico pide sangre, y ya que usted no quiere que se derrame la de su hijo...

JUAN. ¡Pero si yo no me he batido nunca! ¡Si yo no he cogido jamás un arma en la mano! ¡Si soy un pobre viejo de sesenta años!

GEN. ¡Entonces deje usted las cosas en el estado en que se hallan!

DUQ. (Que se ha alejado un momento del otro grupo, se acerca á don Juan y le dice en voz baja.) ¡Corte usted á toda costa ese duelo, si no quiere perder á su hijo. (Se vuelve al otro lado.)

JUAN. ¡Cortarlo! ¡Cortarlo! No deseo mas, pero...

ROSA. (Lo mismo que la Duquesa, á D. Juan.) Evite usted el desafío, porque mi hermano seria capaz de matar á Ricardo.

JUAN. ¿Y cómo? ¿Cómo?—General, no me abandone usted. Á usted, que es hombre de chispa, ¿no le ocurre nada para sacarme de este apuro?

GEN. Absolutamente nada.

JUAN. Si Alvarado se aviniese á darnos una satisfaccion... una pequeña satisfaccion... en el periódico.

GEN. ¿Una satisfaccion? ¡Bonitó genio tiene él para eso!

EDUAR. Tambien yo, como director de *El Estandarte*, me opondria...

JUAN. Á la verdad, la alusion á mí no era muy transparente... Hay infinitos que han vendido lienzos... y se han hecho millonarios... y desean un título de conde... Asi, ¿por qué he de darme por aludido?

GEN. Ciertamente.

JUAN. Yo soy susceptible, lo confieso, muy susceptible, y mi susceptibilidad... En fin, ¿cree usted que el retrato

está muy parecido?

GEN. ¿Qué ha de estar? (Ap. á Eduardo.) Es una fotografia... de cuerpo entero.

JUAN. En ese caso... podria... podria haber una avenencia.

GEN. ¿Una avenencia? ¡Es difícil! Raimundo no ha sido el provocador, sino el provocado, y exigirá...

JUAN. ¿Exigir? ¿Él?

GEN. Si tal. ¿Le nombra á usted por ventura en el artículo? Usted recoge la alusion; Ricardo viene frenético y le reta... ¿Qué ha de hacer el otro sino aceptar, y batirse y matar á su adversario?

JUAN. ¿Y si mi hijo mismo retirase la provocacion?

GEN. No lo hará nunca: es jóven, vivo, y tiene la sangre caliente...

JUAN. (Vacilando.) Y si... y si... ¿y si lo hiciese yo en su nombre?

GEN. Entonces no hay nada que decir. Si reconocen ustedes que obraron mal...

JUAN. Se lo juro á usted, amigo mio, mucho trabajo me costará... pero la existencia de mi hijo... el cariño que le tengo... ¡Y despues con las noticias que usted me ha suministrado! ¡Yo por el revés, pensaba que Ricardo le escarmentaria bien! ¡En fin, no hay mas remedio que pasar por ello! ¡Darle excusas, yo que de buena gana le ahogaria entre mis manos!

EDUAR. Nadie le obliga á usted...

GEN. Nadie.

JUAN. Es cierto; yo lo ejecuto espontánea, voluntariamente... Vamos allá... De seguro me conocerá en la cara el gusto con que lo hago.

GEN. Trate usted de dominarse.

JUAN. Pues si no me dominara... Mas tiene usted razon... Debo sonreirme... debo estar amable con él, muy amable... (Muy atento, casi afectuoso, acercándose á Raimundo.) Señor de Alvarado, quiero explicar á usted el motivo de mi venida á su casa.

RAIM. Usted me honra mucho... (El General le pellizca: él se detiene.)

JUAN. He sabido... por una casualidad... que mi hijo ha cometido una ligereza, una calaverada... Ya se vé, es un muchacho vivo, arrebatado, vehemente, y ha creido ver... Pero yo estoy seguro de que usted es incapaz de haber

querido insultarme...

RAIM. ¡Oh! Yo... (El mismo juego que antes: Raimundo se detiene.)

JUAN. Y en esa conviccion, vengo á pedir á usted que perdone el acaloramiento de Ricardo... y que esto no tenga consecuencias.

RAIM. (Asombrado.) ¿Es posible?

DUQ. (Atónita.) ¡Cómo! ¿Ha venido?...

GEN. Á arreglar el negocio.

ROSA. ¡Qué felicidad!

DUQ. ¿Por qué?

GEN. Porque le tiene miedo.

DUQ. ¿Miedo? Si no lo puedo creer!

JUAN. (Á Raimundo, muy amable.) Asi, queda todo terminado...

RAIM. Completamente terminado. (D. Juan estrecha sus manos entre las suyas.)

GEN. (Ap. á Eduardo.) Usted vaya á escape al café Suizo á contar la historia; que nadie ignore que Raimundo tenia un lance, y que su adversario se ha vuelto atrás.

EDUAR. Voy corriendo... Señoras... (Despidiéndose.)

RAIM. (Bajo al General.) ¿Adónde vá Eduardo?

GEN. Á decir á todo el mundo que el señor don Raimundo Alvarado es como Bayardo y como Massena valiente entre los valientes, y que nadie se atreve á medir con él sus armas.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN, RICARDO, un CRIADO.

CRIADO. Tengan ustedes la bondad de esperar un instante aqui... La señora está acabando de vestirse; pero saldrá luego.

JUAN. Díla que sentiriamos incomodarla...

CRIADO. Tomen ustedes asiento. (Váse.)

RIC. ¡Si lo oigo y no lo creo! ¿Con que te empeñas en consentir que todo el mundo te falte, te ultraje y te vulnere?

JUAN. En primer lugar, Alvarado no es todo el mundo... y despues, tengo razones especiales.

RIC. ¿Cuáles son?

JUAN. No las puedes saber.

RIC. ¿Y crees que yo permitiré que tú, que los dos quedemos en ridículo?

JUAN. Al contrario, Raimundo me ha dado todas las satisfacciones apetecibles... asegurándome que no era su intencion aludir á mi persona...

RIC. ¿Y por qué no te las dá en el periódico?

JUAN. ¿No conoces que eso era agravar la cuestion? Él no me nombró...

RIC. No importa; no hay quien no te haya reconocido, y á estas fechas eres la fábula de Madrid.

JUAN. ¿La fábula? Tú exageras.

RIC. Asi, yo no me contentaré con esas explicaciones, y voy...

JUAN. Te lo prohibo severamente. El lance está cortado... y no sin trabajo por cierto.

RIC. Raimundo debia haber tenido consideracion con nosotros, siquiera por...

JUAN. ¿Por qué?

RIC. Por motivos... que me reservo.

JUAN. Pero que sospecho. Pues sépalo usted, caballerito; es menester que renuncie á esas simplezas. Usted debe hacer una gran boda, y no pensar en la hermana de un triste periodista.

RIC. ¡Es la única mujer que amo!

JUAN. Lo cual no impedirá que te cases con otra.

RIC. ¡Nunca!

JUAN. ¿Ignoras el objeto de nuestra visita á la Duquesa?

RIC. Si, lo ignoro.

JUAN. Voy á pedir la mano de su hija para tí.

RIC. ¿Para mí?

JUAN. Por el pronto serás vizconde.. y despues duque, grande de España, gentilhombre de cámara, gran cruz de Cárlos tercero... Cuanto quieras.

RIC. Lo que solamente quiero es que te persuadas...

JUAN. Tu mujer será dama de la reina, tendrá la banda de Maria Luisa... y con su hermosura y nuestras riquezas brillará en primera línea entre la aristocracia de la córte.

RIC. Ni Luisa me ama, ni yo la amo á ella. Asi, papá, renuncia á tus proyectos, y no te expongas á un desaire.

JUAN. ¿Un desaire? ¿Quién se atreverá á desairar al jóven mas opulento de Madrid?

RIC. En este siglo positivo y metalizado hay todavia corazones nobles y generosos, que no adoran al ídolo del dia, que no rinden culto al becerro de oro; corazones que prefieren su felicidad á todas las riquezas del mundo; que desprecian soberanamente los títulos y los honores. El de Luisa es uno, el mio es otro de ellos. Asi, en vano los cálculos interesados de la Duquesa, tu ambicion ó tu vanidad pretenderian imponernos una alianza que en-

trambos repugnamos. Luisa se resistirá enérgicamente: en cuanto á mi, querido papá, te lo declaro con el respeto debido, no seré nunca su esposo. (Marchándose.)

JUAN. ¿Adónde vas? Aguarda...

RIC. Quiero evitarte un paso inútil; quiero evitarte un disgusto. ¿De qué servirá que tú y la Duquesa os pongais de acuerdo, si nosotros, de acuerdo tambien, rehusamos ese matrimonio?

JUAN. ¡Admirable obediencia filial!

RIC. Es el fruto de la educacion que nos habeis dado; es el producto del sistema moderno. Antes los padres mandaban y los hijos obedecian; ahora los hijos mandan y los padres obedecen.

JUAN. Yo sin embargo sabré obligarte...

RIC. Soy mayor de edad, papá mio... y tú mismo has asegurado mi independencia. Ordéname una cosa que me sea agradable, y verás cómo me apresuro á complacerte.

JUAN. Muchas gracias.

RIC. En cuanto al casamiento en cuestion, te lo repito...

JUAN. ¿Con el respeto debido?

RIC. ¡Con el debido respeto te juro que no se verificará! (Váse.)

ESCENA II.

D. JUAN, en seguida la DUQUESA y LUISA.

JUAN. ¡Tá, tá, tá! Cuando él vea que la madre y la hija prestan su consentimiento...

DUQ. (Saliendo.) Perdone usted, amigo mio, que le hayamos hecho esperar.

JUAN. No importa...

DUQ. Estabamos con la modista, y ya sabe usted que para una mujer esa es una ocupacion sagrada.

JUAN. ¡Oh, si!

DUQ. Creíamos encontrar aqui á su hijo de usted... nos le habian anunciado tambien.

JUAN. Si, pero tenia un asunto urgente...

DUQ. Adivino: habrá ido á probar un caballo ó á mandarse hacer una levita. Sentémonos. (Se sientan.) ¿Y cómo es esto? Venir por la mañana de toda ceremonia, cuando sabe usted que por la noche recibo siempre á mis amigos de confianza...

JUAN. Traigo un objeto... vengo á hablar á usted de un negocio importante...

LUISA. (Poniéndose en pié.) En ese caso, los dejo á ustedes solos.

JUAN. No se marche usted; al contrario, su presencia es aqui necesaria.

LUISA. ¿Necesaria? (Volviendo á sentarse.)

JUAN. Óigame usted, Duquesa. Usted conoce á Ricardo, y sabe que bajo un exterior frio y reservado encierra pasiones vivas, vehementes, impetuosas. Al mismo tiempo es tímido como una niña. Asi, enamorado profundamente de una persona digna de su cariño, no se ha atrevido á confesárselo aun.

LUISA. ¡Cosa rara! (Con ironia.)

DUQ. Semejante conducta le honra mucho.

JUAN. Antes ha querido obtener mi beneplácito, que me he apresurado gozoso á concederle, y el de la madre de la señorita...

DUQ. ¿Quién no se lo otorgaria á un jóven de tales circunstancias?

JUAN. En honor de la verdad, el chico puede hacer feliz á cualquiera. Tiene un genio dócil, flexible, suave... Yo le manejo como quiero. En cuanto á educacion, la ha recibido brillante en un colegio de Paris: monta á caballo como un jockey; tira al florete, al sable y á la pistola superiormente; baila con una elegancia suprema y es habilísimo en toda clase de juegos. Vicios no tiene sino los que es moda tener: fuma exquisitos habanos, bebe bastante sin embriagarse nunca, y pierde diariamente unos pocos duros en el Casino.

DUQ. Es un modelo de juicio y de buenas costumbres, ya lo sé.

JUAN. Respecto de fortuna, posee la de su madre... seis millones de reales, que maneja hace tres años, época en que le declaré mayor de edad á los veintidos. Á pesar de que con eso solo podria vivir decentemente, yo le cederé cuatro mas el dia en que se establezca. Es menester que su mujer haga gran papel en Madrid, que eclipse con su lujo y su boato á todas, que no tenga que temer la competencia con ninguna...

DUQ. Veo que comprende usted las exigencias del mundo.

JUAN. En fin, señora Duquesa, el dia que yo muera, Ricardo será mi único heredero, porque no tengo «absolutamen-

te» mas hijos que él. Entonces reunirá sobre veinticinco millones... ¿Qué le parece á usted?

DUQ. ¡Soberbio!

JUAN. ¿Y á usted, Luisita?

LUISA. Á mí me parece que semejante fortuna seria muy superior á mis deseos, á mis gustos y á mis hábitos. Ademas, grandes riquezas imponen grandes deberes, é ignoro si yo sabria cumplirlos. Asi no busco, no espero, no cifro mi ventura en las satisfacciones de la vanidad y del lujo, sino en los goces tranquilos y pacíficos del hogar doméstico.

JUAN. ¡Es particular! ¡Lo mismo que Ricardo! Hace un instante me lo decia. Hay entre ustedes una sorprendente igualdad de carácter, de instintos y de tendencias. De modo que si mi hijo solicitase la mano de usted...

LUISA. (Levantándose.) Yo, dándole infinitas gracias por el honor que queria dispensarme, le manifestaria que no podemos convenirnos el uno al otro.

DUQ. ¡Luisa!

JUAN. ¿Por qué?

LUISA. Porque á pesar de cuanto usted asegura, señor don Juan, ni él me ama, ni yo le amo, y no me casaré sino con el hombre á quien ame;—porque nuestros genios, nuestras aficiones y nuestros gustos son incompatibles; en fin, ya que es menester decirlo todo, porque los dos hemos dado antes nuestro corazon! (Saluda á D. Juan y se vá.)

ESCENA III.

La DUQUESA, D. JUAN.

DUQ. ¡Qué descaro! ¡Qué osadia! ¡Atreverse á confesar delante de mí!... Pero voy á decirla lo que hace al caso... Dispénseme usted un momento, señor don Juan, mientras yo... Le aseguro á usted que este matrimonio se verificará. ¡No faltaba mas sino que por un capricho renunciasemos á una alianza que es nuestro sueño dorado! Espéreme usted: al instante vuelvo. (Váse rápidamente.)

ESCENA IV.

D. JUAN, en seguida el GENERAL.

JUAN. (Paseándose furioso por la escena.) ¡Calabazas! ¡Calabazas á mí!

GEN. ¡Es una indignidad!

JUAN. ¡Calabazas á una de las personas mas importantes de España!

GEN. ¡Y de Europa!

JUAN. ¡Á un hombre veinticinco veces millonario!

GEN. ¡Eso clama al cielo!

JUAN. ¡Á un hombre que será ministro algun dia!

GEN. Pero no es eso lo peor.

JUAN. ¿Pues qué ocurre? (Asustado.)

GEN. Que sus enemigos de usted se han propuesto anonadarle.

JUAN. Cómo, ¿tengo yo enemigos?

GEN. Todos los hombres superiores los tienen.

JUAN. ¡Es verdad! (Lisonjeado.)

GEN. Asi, usted cuenta infinitos.

JUAN. ¿Y qué meditan contra mí? (Con terror.)

GEN. Una cosa horrible, un golpe espantoso, que debe hundirle á usted si no logra pararlo.

JUAN. ¡Me hace usted temblar, General! ¡Explíquese usted por Dios!

GEN. En nuestro siglo ya no se usan como en los pasados el puñal ni el veneno para acabar con cualquiera; pero existe otra arma mas certera, mas segura, mas mortífera, que produce el mismo resultado.

JUAN. ¿Y cuál es?

GEN. La sátira. El personaje, por eminente que sea, blanco de sus tiros, queda inhabilitado para todo. El ridículo le destruye, le asesina. Asi en la sociedad actual se desprecia la muerte y se teme la sátira. Aquella no roba sino la existencia; esta arrebata ignominiosamente la honra y la reputacion.

JUAN. ¿Y por ventura estoy yo amenazado?...

GEN. ¡Si solo fuese amenazado! Señor don Juan, (Sacando un papel del bolsillo.) tiene usted una sátira de Damocles sobre su cabeza!...

JUAN. ¿De veras? Déjeme usted ver... (Queriendo tomar el papel.)

GEN. No; debo evitar á usted un mal rato. Si usted leyese la série de epígramas, de calumnias y de insultos que contiene este papel...

JUAN. ¿Y quién es su autor?

GEN. ¿Quién ha de serlo? El mas terrible, el mas enconado, el mas ciego de sus enemigos de usted: ¡Raimundo Alvarado!

JUAN. ¡Raimundo Alvarado! ¡Ah infame! ¿Pero qué le he hecho yo?

GEN. En primer lugar usted quiere que su hijo se case con Luisa... á quien él ama ..

JUAN. (Con amargura.) ¡Con Luisa!

GEN. Y despues, usted se opone al matrimonio de Ricardo con su hermana Rosa...

JUAN. Que nunca permitiré.

GEN. De ahí el odio que á usted le profesa; de ahí su constante persecucion contra usted; de ahí esta sátira, mas sangrienta, mas mordaz que las de Juvenal y Villamediana.

JUAN. (Queriendo echarse de nuevo sobre el papel.) Déjeme usted, por Dios, que lea!..

GEN. (Levantando el papel en alto.) No, no puedo permitir que usted, persona que yo tanto aprecio, sufra la tortura y la afrenta de ver cómo le trata!

JUAN. ¿Tan atroz es?

GEN. Atroz, hé ahí la palabra. Para que usted forme idea voy á leerle las dos estrofas primeras, las menos acres, las menos ofensivas, las menos insolentes.

JUAN. ¡Lea usted, lea usted!

GEN. (Desdobla el papel que está en blanco, y recita la siguiente octava. D. Juan la escucha haciendo ademanes de furor.) Se titula *El Millonario*.

JUAN. ¡El millonario! ¡La alusion no puede ser mas directa á mí!

GEN.
Contemplad todos su apostura fiera;
oid su voz sonora y retumbante;
observad su mirada fulminante,
su tono duro, su actitud severa...
¿Es un monarca el que teneis delante?
¿Es un grande de España tan siquiera?
¡No; ese individuo de soberbia lleno,

es vil mezcla no mas de oro y de cieno!
Porque supo ganar veinte millones,
ya se juzga del mundo soberano...

JUAN. ¡Basta, basta, General! ¡Yo me muero!... (Se deja caer sobre un sillon, sofocado.) ¡Qué serie de injurias! ¡Qué sarta de dicterios!

GEN. Pues le repito á usted que esto es lo mas suave de la composicion.

JUAN. (Muy abatido.) ¿Y la vá á publicar?

GEN. Mañana mismo, en *El Estandarte*.

JUAN. ¡En ese periódico tan leido! Todos me señalarán con el dedo, todos se reirán de mí en mis propias barbas; todos repetirán ese verso horrible:

¡Es vil mezcla no mas de oro y de cieno!

Y yo no podré soportar tanta vergüenza, tantas humillaciones; y me dará un sofoco, y me moriré! ¡General, General, en nombre del cielo, sálveme usted!

GEN. ¿Y cómo?

JUAN. ¡Interponiendo su influjo con Alvarado; prometiéndole en mi nombre cuanto quiera!

GEN. Él solo querrá que desista usted de sus pretensiones sobre Luisa...

JUAN. En cuanto á eso, ya está hecho, porque ella misma acaba de despreciar la mano de mi hijo...

GEN. Muy bien.

JUAN. ¡Cómo! ¿Muy bien?

GEN. Si, digo muy bien porque siempre es un principio de acomodo. Despues, como satisfaccion de su amor propio, maltratado por usted, exigirá que se realice el matrimonio de su hermana con Ricardo!

JUAN. ¡Sacrificar yo el porvenir del chico! ¡Renunciar á mis risueñas esperanzas! ¡Nunca! ¡Nunca! (Bajando la voz.) Pero si necesita dinero, que pida lo que quiera... seis, ocho, diez mil duros, con tal de que desista de sus pretensiones, con tal de que no publique su maldecida sátira!

GEN. ¡Dinero! ¡Ustedes los ricos creen que todo se arregla con dinero!

JUAN. Pues qué, ¿no es omnipotente el oro?

GEN. ¡No por fortuna! Todavia hay quienes resisten al halago seductor de las riquezas; qnienes tienen en mas su dignidad que una opulencia adquirida por malos me-

dios; en fin, quienes no trocarian su noble miseria por todos los tesoros del universo! No, no se compran con oro el talento, la virtud ni el honor; y ante ellos es nada el vil metal que usted llama omnipotente.

JUAN. ¿Con que entonces no hay modo de ganar á ese miserable?

GEN. Ese miserable es hoy mas fuerte que usted, porque puede herirle mortalmente con su pluma cuando quiera. Ese miserable es hoy mas poderoso que usted, porque mañana podrá hacerle obtener los títulos, los honores que usted ambiciona.

JUAN. ¿Cómo?

GEN. El dia, muy próximo ya, en que el gabinete actual sucumba, él tendrá crédito y consideracion cerca del que le reemplace, siendo uno de los principales funcionarios del nuevo ministerio.

JUAN. ¿De veras?

GEN. Entonces él conseguirá fácilmente para usted una corona de conde ó de marqués... sobre todo si ha de heredarla su hermana.

JUAN. Usted me aconseja...

GEN. Que vaya corriendo á ver á Alvarado, que sin hablarle una palabra de la sátira, le participe usted que han fracasado los proyectos matrimoniales de Luisa y Ricardito; y en fin, que le dé usted á entender con diplomacia, con mucha diplomacia...

JUAN. ¡Oh! ¡Yo soy muy diplomático!

GEN. Que le dé á entender, iba diciendo, que usted no se opondrá al enlace de Rosita con su hijo de usted...

JUAN. Cuando él tenga una posicion...

GEN. Justamente. Entonces renunciará á publicar la sátira y aun romperá el manuscrito.

JUAN. ¡Ay! ¡Si lo rompiese desde luego!

GEN. Tranquilícese usted: no existe mas ejemplar que el que está en mi poder, y usted sabe que soy su amigo...

JUAN. (Con efusion.) Gracias, gracias, General. ¡Es usted mi salvador!

GEN. No pierda usted tiempo, y vaya corriendo á buscar á Raimundo.

JUAN. ¿Dónde le encontraré?

GEN. Ahora debe estar en la redaccion de *El Estandarte*.

JUAN. Voy allá. ¿Con que no hay otra copia absolutamente?

GEN. No; pero debo advertirle á usted que Alvarado posee una memoria maravillosa, y que dentro de un año será capaz de recitar, sin equivocarse en una coma, los mil versos de la composicion.

JUAN. (Aterrado.) ¿Mil versos tiene?

GEN. ¡Mil cabalitos!

JUAN. (Muy presuroso.) Hasta luego, mi General. (Váse rápidamente.)

ESCENA V.

El GENERAL, la DUQUESA.

GEN. Este ya está vencido. Ahora falta la Duquesa. Ahí viene.

DUQ. (Muy abatida.) Buenos dias, amigo mio. Dejé aqui hace un rato á don Juan, y...

GEN. Acaba de marcharse.

DUQ. Casi me alegro, porque no podia darle buenas noticias. (Sentándose.) ¡Ay, General! ¡Qué mala cosa es ser madre!

GEN. Aunque yo no lo he sido nunca, me lo figuro.

DUQ. Supóngase usted que Luisa se empeña en rehusar toda clase de bodas, y ahora mismo ha dado calabazas, ¿á quién dirá usted? al jóven mas rico de Madrid.

GEN. Lo sabia; me lo ha dicho su padre.

DUQ. Lo cual es una insigne locura, porque á usted en confianza se lo diré: nosotras somos mas ilustres que ricas; yo estoy muy atrasada, y si la niña no hace un buen matrimonio tendremos que reducirnos mucho; quitar el coche, dejar el abono del Teatro Real, y quizás, quizás ir á establecernos en una provincia. Pero vaya usted á persuadir de eso á una muchacha que está encalabrinada con...

GEN. No hable usted mal de Raimundo: ya sabe usted que soy su íntimo amigo.

DUQ. Yo no hablo mal de él; únicamente digo que es un calavera, un desalmado, un perverso...

GEN. Pues si eso es hablar bien...

DUQ. (Furiosa.) Uu ambicioso, un intrigante, un hombre capaz de todo.

GEN. En cuanto á lo último, tiene usted razon. Raimundo es un muchacho animoso y decidido, que no retrocede ante

las mayores dificultades; que cuando se propone algo no descansa hasta haberlo conseguido.

DUQ. Á ver, tenga usted tranquilidad con un carácter asi, osado, temerario, emprendedor...

GEN. Con un espíritu resuelto y activo...

DUQ. Doblemente temible porque se vé secundado...

GEN. Que admite todos los medios con tal de que le conduzcan á su fin...

DUQ. Que no tiene escrúpulo de nada para lograr su objeto...

GEN. ¡La situacion es grave!

DUQ. ¡Gravísima!

GEN. ¡Y si supiera usted lo que él me decia poco há!

DUQ. ¡Ay, Dios mio! ¿Qué le decia á usted?

GEN. Viendo que usted se opone sin motivo ni causa alguna...

DUQ. Sin causa ni motivo no. Si tuviese una posicion en el mundo...

GEN. La tendrá.

DUQ. ¿Cuándo?

GEN. Mañana ó el otro dia.

DUQ. ¡Bah, bah!

GEN. Viendo que usted se opone absolutamente, piensa llevar las cosas al extremo.

DUQ. ¿Cómo?

GEN. Vá á depositar á su hija de usted.

DUQ. ¡Depositar á mi hija! ¡Que infamia! Pero será difícil.

GEN. ¿Difícil, si ella consiente?

DUQ. ¿Consiente?

GEN. Acaba de escribírselo á Raimundo.

DUQ. ¡Infeliz de mí! (Sollozando.) ¡Ingrata, descastada, sin corazon!

GEN. ¡Silencio! ¡Que no la oiga á usted!

DUQ. ¿Qué me importa?

GEN. Podria contestar que ella no hace sino seguir su ejemplo de usted.

DUQ. ¿El mio?

GEN. Yo no lo he presenciado, porque estaba entonces en el colegio; pero todo el mundo sabe en Madrid que usted abandonó la casa paterna... por seguir á un teniente de la Guardia Real...

DUQ. ¡Calle usted!

GEN. Quien la depositó en la de una parienta suya, hasta que

tuvo efecto el matrimonio.

DUQ. Es verdad; y por lo mismo...

GEN. Su padre de usted, segun cuentan, se puso furioso; gritó, pateó, juró... juró que no volveria á verla á usted nunca... Y al cabo de diez meses, cuando nació Luisita, iris de reconciliacion y de ventura, el buen anciano la abrió á usted los brazos, y todo quedó perdonado.

DUQ. Pero mi marido y yo nos amabamos con delirio...

GEN. ¿Y cree usted que esos pobres chicos no se idolatran? Ella se niega á admitir los partidos mas brillantes...

DUQ. Y él... ¿no será cálculo su amor?

GEN. ¿Cálculo? Usted le ofende y le calumnia, Duquesa. Sépalo usted; ayer mismo le ofrecieron la mano de una jóven que posee una fortuna tan grande como su joroba...

DUQ. ¿Y rehusó?

GEN. Hubiera podido aceptar la joroba con la fortuna, y despreció ambas cosas.

DUQ. ¡Es admirable!

GEN. Si usted me permite que la aconseje, yo la diré que Raimundo es uno de esos hombres á quienes vale mas tener por amigos que por enemigos. En el primer caso son capaces de todos los sacrificios, de la abnegacion mas completa, del heroismo mas sublime; en el segundo odian con la misma vehemencia con que aman, y son verdaderamente temibles. Si usted contemporiza, si no rompe con él, si le deja abrigar esperanzas, mas ó menos remotas, no tiene nada que recelar; pero si le ofende, si le desdeña, si le desaira, prepárese usted á una guerra incansable en todos los terrenos; Raimundo sacará á Luisa de su casa de usted, y para poner la opinion de su parte recordará á la sociedad,—en su periódico si es menester,—lo que aquella olvidó ya, ó finge haber olvidado: que usted hizo lo propio que Luisa veintitres años há.

DUQ. ¡Dios mio! ¡En su periódico!

GEN. Y con su talento y su habilidad reconocida llamará la atencion sobre el constraste que presenta una conducta tan diferente, enajenando á usted las simpatias de todo el mundo, hasta las de sus amigos, que no comprenderán tamaña inconsecuencia. (Pausa.) Señora, respóndame usted francamente: ¿fué usted dichosa con su ma-

rido?

DUQ. ¡Ah! Ni un solo momento me arrepentí de mi eleccion.

GEN. Entonces, ¿qué razones tiene usted para oponerse á la de su hija?

DUQ. Al fin y al cabo mi marido tenia una carrera: diez años despues de casarnos, moria general, dejando un nombre ilustre y una gloria eterna. Pero Raimundo no es nada...

GEN. ¿Nada? Hoy es un poeta célebre, un escritor distinguido; mañana será ministro ó embajador. Ademas, dígame usted: ¿no ha sido siempre buen hijo, buen hermano, buen amigo?

DUQ. (Conmovida.) ¡Nadie puede negarlo!

GEN. Entonces, ¿por qué no ha de ser tambien buen esposo? ¿Por qué no ha de hacer feliz á Luisa?

DUQ. Tiene usted razon, General... y le agradezco que me haya demostrado la injusticia de mi proceder. Así, impida usted por Dios ese escándalo, esa campanada, que, como usted dice muy bien, me pondria en rídiculo, recordando cosas antiguas; y el dia que Raimundo sea algo, le ofrezco á usted no oponerme...

GEN. ¿Me lo jura usted?

DUQ. ¡Lo juro por la memoria de mi marido!

GEN. ¡En ese caso, Duquesa, esperaremos!... Es decir, los jóvenes esperarán!

DUQ. ¡Gracias, amigo mio. Me vuelve usted el alma al cuerpo!

GEN. (Ap.) ¡Y van dos! ¡Uf! ¡Estoy sudando la gota tan gorda!

ESCENA IV.

DICHOS, LUISA.

LUISA. (Desde la puerta.) ¡Chit! Mamá, ¿se pasó el enfado?

DUQ. Ven aqui, hija mia, ven aqui. (Abrazándola.) No te casarás con Ricardo, si no quieres.

LUISA. Pues bien sabes que no quiero.

DUQ. Te casarás con quien te acomode, siempre que no sea un cualquiera... (El Geneal tose.) Esto es, siempre que...

LUISA. ¡Mamá, no temas nunca que haga una eleccion indigna de mí!

DUQ. Á veces es menester tener un poquito de paciencia.

LUISA. La tendré. (*Aparte al General.*) ¿Qué cambio es este?
GEN. Ya lo sabrá usted.

ESCENA VII.

DICHOS, D. EDUARDO.

EDUAR. Señoras, á los pies de ustedes.—Perdóneme usted, Duquesa; venia buscando al General para un asunto urgente...
DUQ. Ahí le tiene usted, y pueden ustedes hablar cuanto gusten, como si estuvieran en su casa. (*La Duquesa y Luisa se sientan á hacer labor en el otro extremo del teatro.*) ¡Me lo figuro! ¡La maldita política!
GEN. ¿Que ocurre, Eduardo?
EDUAR. Grandes novedades. En primer lugar el gobierno acaba de suspender las sesiones de Córtes...
GEN. ¡Malo!
EDUAR. Despues han dejado en la redaccion este oficio con tres luegos para Raimundo.
GEN. ¿De dónde es?
EDUAR. Del Ministerio de la Gobernacion.
GEN. ¡Malísimo!
EDUAR. En fin, su criado de usted anda buscándole para decirle de parte del Ministro de la Guerra que se presente al momento á él.
GEN. Cada vez peor.
EDUAR. Yo creia encontrar á Raimundo aqui...
GEN. No importa; nosotros veremos lo que le dice el ministro. (*Abriendo el pliego.*) ¡Cáspita! (*Leyendo.*) Le convierten en canario!
EDUAR. ¿Un destierro?
GEN. No... (*Cambiando de tono.*) Una comision para ir á estudiar la salazon de las sardinas, en el término de veinticuatro horas... á las islas Canarias. Cerradas las Córtes, no ha tardado mucho en empezar el ministerio sus venganzas. En cuanto á mí ya me veo caminando para Filipinas.
EDUAR. ¿Supone usted?...
GEN. Todo debo aguardarlo. En fin, vamos á ver lo que me quiere su excelencia.
EDUAR. ¡Raimundo! (*Viéndole salir con Rosa.*)

DUQ. ¡Rosa! (Saliendo á su encuentro.)
GEN. ¡Ocultémosle mientras podamos su triste suerte! ¡Pobre muchacho! ¡Naufragar á la vista del puerto! ¡Cuando yo creia haber asegurado su felicidad! (Ap. á Eduardo.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ROSA, RAIMUNDO. Al ver salir á Rosa y Raimundo, la Duquesa y Luisa se han levantado, saludándoles con efusion.

LUISA. ¡Mucho te agradezco que hayas venido!
ROSA. Está mamá un poquito mejor, y asi me dije: «Vamos á ver á Luisa.»
DUQ. Por supuesto que te quedarás á comer.
LUISA. Tal era mi intencion.
DUQ. Ahora nos escaseas tanto tus visitas...
ROSA. Como la pobre mamá sigue siempre delicada...
RAIM. (Al General, viéndole tomar el sombrero.) ¿Adónde vas?
GEN. Á un asunto urgente; pero vuelvo en seguida. Venga usted, Eduardo.—Señoras, á los pies de ustedes.
DUQ. Adios, General.
EDUAR. Señoras... (Saludando.)
GEN. (A Eduardo.) Acompáñeme usted al ministerio de la Guerra. (Vánse.)

ESCENA IX.

DICHOS, menos el GENERAL y D. EDUARDO.

ROSA. (A Raimundo.) Me parece que el General tiene hoy cara de mal humor.
RAIM. Lo mismo se me ha figurado á mí.
DUQ. Eduardo le habrá traido alguna mala noticia, pues él estaba tan jovial, tan alegre como siempre. Raimundo, no sabe usted el amigo que tiene.
RAIM. Lo sé, señora, y por eso...
DUQ. Un padre no se interesaria mas por un hijo que él por usted.
ROSA. Yo confieso que antes le profesaba cierta prevencion, cierta antipatia...
LUISA. Injustas...
ROSA. Pero ahora el que se atreviese á hablar mal de él en mi

presencia...

LUISA. (Sonriéndose.) ¡Qué calor! ¡Tienes todo el entusiasmo de un converso!

RAIM. Les aseguro á ustedes que no me tranquilizaré hasta que sepa, y voy...

DUQ. ¿Ya nos deja usted? ¡Qué visita tan corta!

RAIM. (Sorprendido.) Mis ocupaciones...

DUQ. Si, ese es el pretexto. Ya se vé, como ha cambiado usted de rumbo... como se ha lanzado á la política...

RAIM. Yo...

DUQ. Pero si usted nos olvida, nosotras no le olvidamos á usted. ¿No es verdad, Luisita?

LUISA. (Cortada.) ¡Mamá!...

DUQ. Esta mañana se lo decia á ella. ¿Qué le habremos hecho á Raimundo, que casi no parece por aqui? Antes le veiamos todos los dias, todas las noches, y ahora se pasan semanas enteras sin que... Pues eso no es bien hecho con personas que le quieren á usted de veras. ¡Podria no, yo que le he visto nacer... Luisa que ha jugado con usted al escondite y á la gallina ciega!

RAIM. (A Luisa.) ¡Qué mudanza!

LUISA. (A Raimundo.) ¡Yo tambien estoy atónita.

DUQ. Hace un siglo que no come usted en casa; ¿por qué no se queda usted hoy?

RAIM. ¿Hoy?

LUISA. (Bajo) Acepte usted.

RAIM. Con sumo gusto.

DUQ. Y en adelante, vida nueva.. ó por mejor decir, vida antigua. Los jueves es usted nuestro... y las noches que no nos toque el teatro, venga usted á hacernos un ratito de compañia.

RAIM. (A Luisa.) ¡Si lo veo y no lo creo!

LUISA. (A Raimundo.) ¡Aqui anda la mano del General!

ESCENA X.

DICHOS, D. JUAN, RICARDO.

CRIADO. (Anunciando.) El señor don Juan Garcia.

JUAN. Duquesa... Luisita... (Ap. á Ricardo, viendo á Raimundo) ¡Gracias á Dios que le hemos encontrado! ¡No te se olvide lo que te he dicho!

RIC. Papá... (Bajo con disgusto.)

JUAN. (Acercándose á Raimundo y estrechándole ambas manos con efusion.) ¡Señor de Alvarado! ¿Cómo está usted? ¿Y la mamá?

RAIM. (Atónito.) Mejor, gracias.

JUAN. ¡Excelente señora! ¡Es una santa! Es un modelo de toda clase de virtudes! (Bajo á Ricardo.) Dále la mano.

RIC. (Bajo.) Papá...

JUAN. (Id.) Dále la mano, ó si no... (Ricardo y Raimundo se dan la mano, pero friamente.) Advierto con gusto, con sumo gusto, que todo queda terminado entre ustedes. Aquello fué una muchachada, una...

RAIM. Si el señor desiste de sus pretensiones... (Ricardo vá á hablar, D. Juan le corta la palabra.)

JUAN. ¡Pues no ha de desistir! Por otra parte, entre personas que el dia de mañana... pues... ya me comprende usted, ¿no es verdad?

RAIM. No, señor.

JUAN. Quiero decir que... quién sabe lo que puede suceder mañana?... Yo bien claro me explico... y al buen entendedor... (Ap., empujando á Ricardo.) Anda á saludar á Rosita.

RIC. (Atónito.) ¿Eh?

JUAN. Que vayas á saludar á Rosita... Lo primero por buena educacion, y despues por... Anda, anda. (Ricardo se acerca á Rosa, y la dá la mano.)

RIC. (Á Rosa.) No sé lo que le ha dado á mi padre... Ahora es él quien...

ROSA. Lo mismo que á la Duquesa. Ella es ahora la que...

JUAN. (Á Raimundo.) ¿Con que cómo vá la cosa pública? ¿Cuánta vida concede usted al ministerio? Amiguito, usted tiene buen ojo, y sabe darles donde les duele mas á los ministros. Cuando caigan, debe usted esperarlo todo de los que les sucedan, pues no habrá contribuido poco á derribar á esta gente. (La Duquesa, que se ha ido acercando, toma parte en la conversacion.)

DUQ. Seguro.

JUAN. ¡Qué artículos los de usted! ¡Si levantan ampolla!

DUQ. ¡Qué estilo tan enérgico, tan vigoroso, tan brillante!

JUAN. ¡Yo conozco cuáles son suyos, sin necesidad de leer la firma!

DUQ. ¡Y yo tambien!

JUAN. En pocos dias ha adquirido usted una envidiable repu-

tacion de hombre político!

DUQ. ¡Ahora puede usted aspirar á los mejores destinos!

JUAN. Á las posiciones mas elevadas...

DUQ. Á toda clase de honores.

JUAN. Á un matrimonio ventajoso...

DUQ. Á casar bien á su hermana...

JUAN. Porque es usted un poder...

DUQ. Una de nuestras glorias...

RAIM. ¡Ustedes me confunden!

JUAN. ¡Una de nuestras notabilidades!

DUQ. En fin, usted obtendrá cuanto quiera...

JUAN. Cuanto solicite...

DUQ. Para sí, y para los demas.

JUAN. No habrá nada que se le resista...

DUQ. No encontrará usted dificultades...

JUAN. Eso se queda para las medianias...

DUQ. Para los hombres oscuros...

RAIM. ¡Basta, basta por Dios!

JUAN. ¡Modesto tambien! ¡Duquesa, este jóven es un prodigio!

DUQ. ¡Es un fenómeno verdaderamente!

RAIM. Señora...

LUISA. (Ap.) Antes porque le creian débil le despreciaban; ahora le adulan porque le temen!

JUAN. ¡Es un conjunto de las cualidades mas raras!

RAIM. ¡Amigo mio!

DUQ. ¡Talento y corazon!

JUAN. ¡Nobleza y desinterés!

DUQ. ¡Rectitud y severidad!

JUAN. Honradez y energia...

CRIADO. (Anunciando.) La señora Marquesa de Buena-Ventura.

RAIM. (Ap.) ¡Gracias á Dios! ¡Uf! ¡Me tenian mareado!

ESCENA XI.

DICHOS, la MARQUESA.

MARQ. Duquesa, señores... Buenas tardes... Pasaba por aquí' he visto el coche de ustedes á la puerta, y he subido á darles un consejo.

DUQ. ¿Un consejo?

MARQ. Si, que no salgan: hay síntomas de jarana.

DUQ. ¡Ay Dios mio! ¿Y por qué?

MARQ. ¡Cómo! ¿No lo sabe usted todavia? Porque el ministerio ha cerrado las córtes.

JUAN. ¿Ha cerrado las Córtes? ¡Qué arbitrariedad!

MARQ. Ademas se anuncian medidas fuertes, destierros, deportaciones... Á propósito, ¿se vá usted pronto? (Á Raimundo.)

RAIM. ¿Yo?

MARQ. Si... á Canarias... adonde le envian á usted con una comision... para cubrir el expediente.

RAIM. ¿Á Canarias?

DUQ. ¿Es posible?

ROSA. ¡Ay cuándo lo sepa la pobre mamá!

MARQ. Su amigo de usted el general Bravo vá mas lejos...

RAIM. ¿Mas lejos?

MARQ. Á Filipinas.

JUAN. ¿Á Filipinas?

DUQ. ¿Y será cierto?

MARQ. ¡Oh! ¡No cabe la menor duda! Lo sé por el subsecretario de Estado...

JUAN. Que es su amigo... íntimo. (A la Duquesa.)

MARQ. ¿Es posible que ustedes lo ignorasen?

DUQ. Completamente.

MARQ. Pues eran ustedes los únicos en Madrid, y siento mucho, Alvarado, haber sido el conducto por donde recibe usted esta noticia desagradable! (Raimundo se deja caer en un sillon con abatimiento; Rosa y Luisa se aproximan á él; los demas se alejan formando un grupo aparte.)

ROSA. ¡Hermano!

LUISA. ¡Valor!

RAIM. ¡Valor! ¡Cuando lo pierdo todo en un dia! ¡Valor, cuando voy á ser causa de la muerte de mi madre!

DUQ. ¡Si no podia suceder otra cosa! (Entre ellos.)

JUAN. ¡Yo lo tenia previsto hace tiempo!

DUQ. Esos ataques ciegos y furibundos...

JUAN. Esos libelos espantosos...

DUQ. Era imposible que diesen otro fruto.

JUAN. Tenian que traer este resultado.

DUQ. Despues, como procedian de una persona sin autoridad...

JUAN. Como eran hijos solamente de la pasion...

DUQ. Yo no digo que Raimundo no tenga talento....

MARQ. ¡Ah! ¿tiene talento ese muchacho?

JUAN. ¿Talento? Pedanteria nada mas.

DUQ. Pero es un hombre vulgar...

JUAN. ¡Vulgarísimo!

DUQ. Que en su vida será nada.

JUAN. Absolutamente nada.

DUQ. Yo por consideracion á su madre, con la que me he educado, le recibia en mi casa, que si no...

JUAN. (Á Ricardo, que se acerca á él.) Te prohibo que dirijas la palabra á esa chiquilla.)

DUQ. (Á Luisa, que se ha acercado tambien.) ¡Cuidado cómo hablas con ese tarambana!

JUAN. (Á Ricardo.) Supongo que despues de lo que sucede, no pensarás aun...

DUQ. Te hago la justicia de creer que ya no alimentarás ideas absurdas...

LUISA. ¡Le amaba cuando era feliz, y ahora que no lo es le amo mas todavia que antes!

DUQ. ¡Cómo! ¡Desventurada! ¿Querrias?...

ESCENA XII.

DICHOS, el GENERAL.

GEN. (Desde la puerta.) ¡Victoria! ¡Victoria! (Reparando en Raimundo, que sigue en su abatimieuto.) ¿Qué haces tú ahí tan mustio y cabizbajo? ¡Levántate, levántate! ¿No sabes que hemos triunfado?

TODOS. ¿Triunfado?

DUQ. ¿Y su destierro de usted?

JUAN. ¿Y el suyo?

GEN. Nosotros desterraremos ahora á los que querian desterrarnos. La política no es otra cosa que un juego de represalias. ¿Con que sabian ustedes?... Pues yo les diré ahora lo mejor. Despues de cerrar las Córtes, el ministerio, como todos los poderes débiles, se asustó de su propia obra, presentando entonces á los pies del trono su dimision, que le fué aceptada...

JUAN. ¿Aceptada?

GEN. Y yo recibí el encargo de constituir el nuevo gabinete bajo mi presidencia.

DUQ. ¿Usted? ¡Cuánto lo celebro!

JUAN. ¿Usted presidente del consejo? ¡Amigo mio!

MARQ. Mil enhorabuenas. Usted estaba verdaderamente indi-

cado...

JUAN. ¿Y tiene usted ya elegidos sus colegas?

GEN. ¡Ya! (Significativamente.)

JUAN. ¡De fijo soy uno de ellos! (Ap. frotándose las manos.)

GEN. Yo me reservo la cartera de Estado, y en consecuencia, señora Duquesa, vengo á pedir á usted la mano de su hija para nuestro ministro residente en Bruselas el señor don Raimundo Alvarado.

DUQ. ¡Cómo! ¿Es posible?

GEN. Será uno de los primeros decretos que lleve á la firma de su majestad. Raimundo ha prestado servicios...

JUAN. Que es preciso recompensar...

DUQ. Tengo una satisfaccion en que una persona de su mérito pertenezca á mi familia. (Abrazándole.) Ya sabe usted que siempre le he querido como un hijo.

RAIM. Señora...

JUAN. (Con solemnidad.) Antes de solicitar para Ricardo la mano de su hermana de usted, deseo saber, querido Alvarado, si puedo contar con que apoyará mi peticion cerca de su respetable madre...

RAIM. Seguramente...

ROSA. ¡Yo mujer de Ricardo! ¡Qué felicidad!

RAIM. ¡Yo embajador! ¡Me parece un sueño!

JUAN. (Bajo al General.) General, aqui para entre los dos, ¿me dá usted entrada en el gabinete?

GEN. Con gran sentimiento mio no me ha sido posible; tenia compromisos anteriores... Pero Raimundo subirá al poder muy pronto, y entonces le confiará á usted una cartera...

JUAN. Si: entonces formaremos un ministerio de familia.

RAIM. (Bajo al General.) ¿Es decir que ya puedo arrojar lejos de mí esta piel de leon, que me sofoca y que me abruma?

GEN. ¡Guárdate de hacerlo! Al contrario, cúbrete, envuélvete bien en ella: que no te se vea ni un solo vellon de lana, pobre cordero; si no aquellos á quienes has engañado haciéndoles creer lo que no eres, se arrojarian furiosos sobre tí para devorarte. Porque la piel de leon es el talisman de los tiempos modernos; es la cota de malla de los antiguos; es el escudo de los gladiadores romanos; es en fin la única defensa de los hombres de bien contra los perversos y contra los malvados!

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 23 *de octubre de* 1859.

El Censor de Teatros,

Antonio Ferrer del Rio.

MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 16—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 46 á 48)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23